

Prefacio

Uno de los mitos inventados por los trotskistas, con considerable ayuda de la burguesía imperialista, es que leninismo y trotskismo son sinónimos, y que Trotsky fue, tras Lenin, el bolchevique más brillante (sugiriendo en cierto grado que Lenin fue un trotskista), que Trotsky era el verdadero heredero del leninismo y el mejor sucesor de Lenin, pero fue privado de su merecido lugar por las malvadas maniobras de un mediocre déspota oriental de tercera clase, Iósif Stalin. Este mito anticomunista, repetido hasta la saciedad década tras década de una manera auténticamente Goebbeliana, no solo por trotskistas sino también por profesores de historia y sociología pequeño burgueses y la prensa burguesa, ha adquirido fuerza entre la opinión pública y es, actualmente, un prejuicio muy generalizado. Este mito es el producto de las mentiras deliberadas de los trotskistas y sus aliados burgueses, así como de la invención y falsificación de los sucesos ocurridos en la Revolución de Octubre y de la historia de la URSS. Cualquiera que estudie con detenimiento la historia se dará cuenta de la total falsedad de este mito. El objetivo de este libro es exponer que este mito se basa en la reaccionaria, contrarrevolucionaria y esencialmente pequeño burguesa ideología trotskista, que es irreconciliable con el marxismo-leninismo a pesar de su terminología pseudo-marxista e izquierdista.

Este libro pretende mostrar que el leninismo y el trotskismo se excluyen mutuamente, que el trotskismo está irreconciliablemente enfrentado al leninismo, y que todo marxista-leninista debe combatir la ideología trotskista dentro del movimiento obrero. Aún más, demostraré que el leninismo fue mantenido por el Partido Bolchevique tras la muerte de Lenin en 1924 bajo la dirección de Iósif Stalin, mientras el trotskismo continuaba atacando al leninismo, cambiando la forma táctica de su ataque: En aquel momento pasaron de atacar el leninismo del partido a atacar un pretendido «stalinismo» desde posiciones supuestamente leninistas. Por ello, los trotskistas continuaron su ataque al leninismo, a pesar de no hacer de Lenin el blanco de sus críticas. Ha de ser dicho en honor al Partido Bolchevique y a su líder, Stalin, que el trotskismo fue combatido con la misma decisión durante este periodo que durante el periodo anterior a la muerte de Lenin. Ahora quisiera enfatizar tres aspectos del trotskismo que lo hacen irreconciliable con el leninismo.

Tres características del trotskismo:

1. La revolución permanente:

El trotskismo defiende la teoría de la revolución permanente, sin contar con la gran masa de campesinos pobres como una fuerza revolucionaria aliada del proletariado. Como señalaba Lenin, la revolución permanente es olvidar el potencial del campesinado y jugar con la toma del poder. Cualquier intento de revolución similar a la propuesta por Trotsky habría sido un fracaso seguro, ya que esta teoría habría negado al proletariado ruso la alianza con el campesinado pobre. Esto explica la lucha de Lenin contra Trotsky a partir de 1905.

Por su parte los trotskistas veían el leninismo como una teoría con características contrarrevolucionarias debido a que en aquel momento Lenin defendía la idea de la dictadura del proletariado y el campesinado.

«Actualmente todo el edificio del leninismo está construido sobre mentiras y falsificaciones y tiene en su propio seno los peligrosos elementos de su propia decadencia». (Carta de Trotsky a Chkeidze, 1913)

Lenin, por otro lado, señala:

«Trotsky nunca ha mantenido una posición firme sobre ninguna de las cuestiones importantes del marxismo. Siempre consigue encontrar alguna brecha entre las diferencias de opinión para poder culebrear posición a otra. Actualmente está con los bundistas y liquidadores y no tiene nada que decir con respecto al partido». (Lenin, Obras Escogidas, Tomo. 20, pág. 448, 1914)

2. Diferencias con el leninismo en el modelo de organización:

Mientras que el leninismo defiende un partido proletario, de «nuevo tipo», revolucionario y disciplinado, en el que no haya elementos oportunistas, el trotskismo defiende la coexistencia de revolucionarios y oportunistas en el mismo partido y considera aceptable la formación y actuación de fracciones, círculos y grupos organizados dentro del partido.

Cualquiera que conozca la historia del notorio Bloque de Agosto de Trotsky, en el que coincidían martovistas y otzovistas (Nota 1), liquidadores (Nota 2) y trotskistas en su lucha contra el bolchevismo, no puede haber pasado por alto esta característica del trotskismo. Por ello, durante este período clave, mientras el bolchevismo consideraba la destrucción del Bloque de Agosto como una condi-

ción indispensable para la creación del partido de «nuevo tipo», los trotskistas preconizaban el Bloque de Agosto como base para la construcción de un partido realmente revolucionario.

Durante todo este período (1903-1917) Lenin denunció a Trotsky por oportunista, menchevique, liquidador y conciliador. Veamos algunos ejemplos:

En una carta a Zinóviev, el 24 de Agosto de 1909, Lenin escribe:

«Trotsky se comporta como un oportunista y fraccionalista despreciable del estilo de Ryazanov. O paridad en el grupo editorial, subordinación al CC y transferir a Trotsky solo a París o romper con el estafador y denunciarlo al CO. Trotsky miente cuando afirma su lealtad al partido, ya que se comporta como el peor fraccionalista». (Lenin, Obras Escogidas, p. 400)

Mientras Lenin llevaba a cabo una lucha a muerte para expulsar del partido a liquidadores y otzovistas, Trotsky intentaba reconciliar estas dos tendencias burguesas con el partido.

Lenin dice al respecto: *«Ya en las primeras palabras de su resolución Trotsky expresa el peor espíritu conciliador, una conciliación que trata de personas concretas y no de determinadas líneas políticas, no de estilos de trabajo, no de contenido político e ideológico para el partido de los trabajadores. En esto se encuentra la diferencia entre ser realmente del partido, purgando de éste a liquidadores y otzovistas, o ser un conciliador del estilo de Trotsky y compañía, que actualmente rinden el mejor servicio a liquidadores y otzovistas, y son por lo tanto un mal que es tanto mayor para el partido cuanto más artificiosa y retóricamente se camufla en el frases anti-fraccionales y pro-partido».* (Notas de un publicista, Obras Escogidas, Vol. 16, junio 1910 p. 211, énfasis añadido)

En Noviembre de 1910 Lenin acusa a Trotsky de «seguir en la línea de los mencheviques, cubriéndose tras frases particularmente sonoras» de «exponer ante los camaradas alemanes visiones liberales camuflándolas de marxistas» de ser un experto de las frases «grandilocuentes pero vacías», de no comprender el «contenido económico de la revolución rusa» y por lo tanto de «ser incapaz de entender el significado de las luchas internas del partido en Rusia».

Lenin continúa diciendo: «La lucha entre el bolchevismo y el menchevismo es... una lucha sobre la cuestión de apoyar a los liberales o superar la hegemonía liberal sobre el campesinado. Por lo tanto atribuir [como hace Trotsky] las fracciones del partido a la

influencia de la inteligencia o a la inmadurez del proletariado no es más que repetir los cuentos de hadas de los liberales».

«Trotsky distorsiona el bolchevismo, porque nunca ha tenido una visión formada sobre el papel del proletariado en la revolución burguesa en Rusia».

Sobre las mentiras de Trotsky en la prensa socialdemócrata alemana, Lenin comenta:

«Cuando Trotsky les dice a los camaradas alemanes que representa la tendencia general del Partido Ruso, me veo obligado a declarar que realmente Trotsky solo representa a su propia fracción y que solamente goza de cierto prestigio entre otzovistas y liquidadores». (El significado histórico de las luchas internas en el Partido Ruso, Obras Escogidas, Vol. 16 pp. 374-392)

Cuando en 1910 Trotsky formuló en su club de Viena una resolución marcándose el objetivo de organizar *«un fondo económico para el partido con objetivo de preparar y convocar una conferencia del POSDR»*, Lenin caracteriza este hecho como un *«paso hacia la ruptura, una clara violación de la legalidad del partido, de la cual Trotsky saldrá mal parado»*, Lenin continúa: *«ideológicamente hablando es una aventura. Trotsky agrupa a todos los enemigos del marxismo, a Potresov y a Maximov, a quienes detestan el «bloque Lenin-Plejánov», como a ellos les gusta llamarlo. Trotsky une a todos aquellos cuya decadencia ideológica es patente, todos aquellos que no están comprometidos con la defensa del marxismo, todos aquellos que no entienden la razón de la lucha y que no quieren ver las raíces ideológicas de las diferencias de opinión. En este momento de confusión y desintegración, a Trotsky le resulta fácil erigirse «líder del momento» y agrupar a todos los elementos erosivos a su alrededor. Cuanto más abiertamente realice estas actividades, más sonada será su derrota».* Lenin termina la carta llamando a *«la lucha contra las tácticas rupturistas y el aventurerismo de Trotsky»*. (Carta a un miembro del CC del POSDR, Obras Escogidas, Vol. 17, pp. 17-22- diciembre 1910, énfasis añadido).

En diciembre de 1911, cansado y asqueado del sucio trabajo de Trotsky como diplomático de liquidadores y otzovistas, Lenin escribe:

«Es imposible discutir con Trotsky sobre ningún tema de importancia, ya que Trotsky no mantiene ninguna posición. Debemos discutir con los liquidadores y los otzovistas reconocidos, pero no tiene sentido intentar argumentar con alguien cuya estrategia es

maquillar los errores de estas tendencias. Lo que hay que hacer con él es tratarlo como a un diplomático de poco calibre». (La diplomacia de Trotsky y las plataformas en el partido, Obras Escogidas, Vol. 17, pp. 360-362)

En 1912 Lenin recomienda el editor de Pravda, el periódico legal de los Bolcheviques editado en San Petersburgo a partir del 5 de Mayo de 1912, que no conteste a las cartas de Trotsky, argumentando que *«La campaña de Trotsky contra Pravda es toda ella una gran mentira... este intrigante liquidador va mintiendo a izquierda y derecha».* (Obras Escogidas, Vol. 35, pp. 40-41)

En «La Ruptura del Bloque de Agosto» (Marzo de 1914) Lenin escribe:

«Trotsky nunca ha tenido una posición, en absoluto. Lo único que tiene Trotsky es un hábito de cambiar de bando, de pasarse de los marxistas a los liberales y vuelta a empezar, de utilizar palabras sonoras y frases sensacionalistas. De hecho, bajo frases vacías y sonoras que confunden a los trabajadores con poca conciencia de clase, Trotsky está defendiendo a los liquidadores, por ejemplo al no posicionarse sobre la cuestión de fondo de las políticas liberales sobre el trabajo en Rusia, afirmando que no existen. Unidad significa movilizar a los trabajadores rusos sobre decisiones que ya han sido tomadas tiempo atrás, y que condenan el liquidacionismo. Pero los liquidadores y Trotsky, que montaron su Bloque de Agosto, que no siguen las consignas de la organización y se separan de los trabajadores organizados, son la peor amenaza contra la unidad de la clase trabajadora. Afortunadamente los trabajadores conscientes ya se han dado cuenta de esto y les vuelven la espalda».

En un artículo de 1914, «Ataques contra la unidad mientras dice defenderla», Lenin denuncia a Trotsky por liquidador y fraccional y explica la falsedad de las acusaciones de fraccionalismo que los liquidadores lanzaban contra los bolcheviques.

En el diario Borba Trotsky había acusando a los bolcheviques de fraccionales por la única razón de que denunciaban y se oponían a los liquidadores, y afirmando que *«las tácticas fraccionales les llevan de una victoria suicida a la siguiente»* y que *«muchos trabajadores avanzados, en un estado de confusión política, son a menudo agentes activos de la ruptura».*

He aquí la respuesta de Lenin a esta acusación ya su «explicación»: *«Una explicación muy típica de Trotsky y los liquidadores. Trotsky utiliza frases sonoras y grandilocuentes para tergiversar los*

acontecimientos históricos a su favor. Cuando numerosos «trabajadores avanzados» pasan a ser agentes activos de una determinada línea política [la bolchevique] Trotsky inmediatamente lo achaca a que se encuentran en un estado de «confusión política» mientras que el se mantiene en una posición política firme, clara y correcta... y al mismo tiempo, Trotsky protesta acaloradamente contra el fraccionalismo y los intentos de los intelectuales de imponer sus visiones a los trabajadores. Leyendo cosas como esas no podemos más que preguntarnos si esas frases no habrán sido escritas en un psiquiátrico de lunáticos». (Obras Escogidas, Vol. 20 pp. 327-347) Lenin continúa diciendo: «la razón por la que Trotsky evita hechos y referencias concretas es porque éstos refutarían sus lloros frustrados y sus frases pomposas. Es mucho más sencillo quedarse en declaraciones abstractas sobre lo malas que son las fracciones e inventar alguna frase grandilocuente como «la emancipación del fraccionalismo conservador». Que recursos más pobres. Trotsky probablemente haría un uso fantástico de estos recursos frente a una audiencia de niños de primaria». Lenin termina el artículo explicando que Trotsky vacila entre el partido y los liquidadores, y diciendo que es incapaz de «reconocer ni las decisiones del partido, que desde 1908 han definido y establecido nuestra actitud hacia los liquidadores, ni la experiencia del movimiento obrero ruso, que mayoritariamente ha respaldado tales decisiones»; (Ibid.).

En la parte principal del libro se incluye más información sobre este punto.

A principios de 1914, en el número 2 de Borba, Trotsky atribuye a los marxistas polacos, no a Rosa Luxemburgo exclusivamente, la opinión de que el derecho de autodeterminación carece de contenido político y debe ser eliminado del programa marxista. Sobre esta falsedad Lenin comenta: «Trotsky no podría aportar ninguna prueba salvo «conversaciones privadas» (simples cotilleos en los cuales él suele basarse) para clasificar a los marxistas polacos de partidarios de todas las posturas de Rosa Luxemburgo...».

En una carta a Henriette Roland-Holst, 8 de Marzo de 1916, Lenin se pregunta cuáles son sus diferencias con Trotsky, y razona:

«En resumidas cuentas, es un kautskista que plantea la unidad con los kautskistas en la Internacional y con el grupo de Chkeidze en el parlamento ruso. Nosotros estamos completamente en contra de esa unión». (Obras Escogidas, Vol. 43 pp. 515, 516)

En una carta a Alexandra Kollontai en Febrero de 1917 Lenin

establece que Trotsky no es más que frases izquierdistas y, en Zimmerwald, alianza con la derecha en contra de la izquierda. En ese mismo mes, escribiendo a Inessa Armand, Lenin escribe: *«tengo una carta de Kollontai, que ha vuelto a América desde Noruega. Dice que N.Iv. y Paulov... habían ganado en Novi Mir... pero... ¡Trotsky llegó y se posicionó con la derecha en contra de la izquierda de salida de Zimmerwald! ¡Ahí lo tienes, para que veas quién es Trotsky! Siempre haciendo lo mismo: posa como de izquierdas y ayuda a la derecha todo lo que puede»*. (Obras Escogidas, Vol. 35 pág. 288)

Es una evidencia histórica irrefutable que Trotsky fue, desde 1903 hasta agosto de 1917, un liquidador y un menchevique y que lanzó una sucia campaña contra los intentos de los bolcheviques de construir un partido revolucionario del proletariado. La mayoría de los trotskistas guardan un sospechoso silencio sobre la figura de Trotsky en este período, o se afanan en excusarlo. Es en cualquier caso gratificante encontrar a algunos ardientes trotskistas que condenan el menchevismo, oportunismo, fraccionalismo y centrismo de Trotsky durante este período. La «Liga Comunista Internacional» (ICL), que se proclama heredera oficial de la cuarta internacional (La Cuarta Internacional «oficial», por supuesto, aunque cada uno de los miles de grupúsculos trotskistas de considera heredero de la cuarta internacional y al resto unos farsantes - risible fenómeno que me recuerda a La Vida de Brian), publica su revista teórica «Spartacist». En el número 45-46 de la edición inglesa (Invierno 1990-1991) Daniel Dauguet, miembro de la ICL, comentó la publicación en inglés de una biografía de Trotsky publicada en 1988 por Pierre Broué, profesor de ciencias políticas de la universidad de Grenoble, también trotskista, y según Dauguet miembro «de la ostensible tendencia trotskista lambertista de Francia». Broué caracteriza a Trotsky de «freelancer» [independiente, que va por libre. NT] lo que provoca la indignación de la ICL. Veamos lo que escriben al respecto:

«Trotsky: un freelancer»

El tratamiento que hace Broué del periodo comprendido entre la ruptura entre bolcheviques y mencheviques (1903) y la Revolución de Octubre es de gran importancia ya que en él expresa sus opiniones sobre los debates de la socialdemocracia rusa sobre la forma, naturaleza y estructura que debe tener el partido revolucionario para tomar el poder. A partir de la ruptura en 1903, Trotsky

se convierte, según Broué, en un «Freelancer dentro del partido».

Broué aprecia a Trotsky por este hecho, que considera la causa del rol de líder que jugó en la revolución de 1905 como miembro clave del soviét de San Petersburgo y el uso propagandístico brillante que se le dio a su juicio tras la derrota de 1905: «Liberado de las obligaciones de las diferentes fracciones, y a buena distancia de los flujos y reflujos que se daban entre las dos corrientes principales, satisfecho de la posición unitaria y conciliadora cuya victoria le parecía segura en el futuro, Trotsky tenía las manos libres para dedicar su atención a otros sucesos que estaban teniendo lugar en Rusia». (Broué p. 97) Tras leer esto, se puede sacar la conclusión de que la lucha de Lenin contra los mencheviques era irrelevante, o quizá excluyente con participar en los acontecimientos de la lucha popular de la época. Lo que es más, Broué considera el papel conciliador de Trotsky entre mencheviques y bolcheviques como ejemplar.

Broué también explica que Trotsky había sido partidario del CC y del centralismo desde su deportación a Siberia, y que se le tenía por uno de los hombres de confianza de Lenin, pero olvida que en 1903 comenzó una lucha programática contra Lenin sobre el papel del partido. Por ejemplo, Trotsky no aceptaba la soberanía de los congresos «El congreso controla, registra, pero no crea» (Informe de la delegación de Siberia, 1903) A pesar de que las implicaciones de esta diferencia no estaban claras en aquel momento, las diferencias sobre el papel y el modelo de partido de 1903 eran fundamentales. La posición federalista de Trotsky se puede observar en el Informe de la delegación de Siberia, en el que rechaza la definición bolchevique de miembro del partido, según la cual es militante aquel que participa en alguno de sus órganos. Trotsky apoyaba la definición menchevique de miembro del partido, según la cuál lo era cualquiera que ayudase al partido, es decir, no consideraban necesario aceptar los estatutos o las decisiones de los congresos para poder actuar en nombre del partido.

Broué valora positivamente esta «independencia» de Trotsky, y solo menciona de pasada que Trotsky se equivocaba en la cuestión del partido. Lo que él dice no es nada comparado con lo que más tarde escribirá el propio Trotsky sobre su actitud: «Las profundas diferencias que tuve con los bolcheviques durante mucho tiempo se basaban en la posición respecto a los mencheviques. Yo partía de la perspectiva, totalmente incorrecta, de que el curso de la revolución

y la presión de las masas proletarias forzarían en último término a las dos facciones a volver a la misma senda, y por lo tanto consideraba la ruptura como una dispersión innecesaria de las fuerzas revolucionarias. Dado que el papel más activo en la ruptura fue de los bolcheviques -ya que desde el punto de vista de Lenin (que la historia ha probado correcto) solo la clara diferenciación entre bolcheviques y mencheviques, no solo ideológica sino organizativa también, permitiría construir el partido proletario y revolucionario- mi posición conciliadora me llevo en muchos casos a enfrentamientos con los bolcheviques». (Trotsky, Nuestras diferencias, 1924).

El centro y la derecha tradicional del POSDR estaban encantados de utilizar el nombre y la brillante capacidad periodística de Trotsky como una tapadera de izquierdas para sus propios intereses y un arma contra Lenin. Como escribe Broué «Trotsky tenía buenas relaciones con Kautsky y con el «centro» de la socialdemocracia alemana al menos hasta 1912. Kautsky, para gran irritación de Lenin, abrió las páginas de «Die Neue Zeit» y «Vorwärts» a Trotsky».

Broué también constata las buenas relaciones de Trotsky con los austro- marxistas de Viena, apuntando que rápidamente se convirtió en «el representante incontestable de la colonia socialdemócrata de Viena» de 1909 a 1912. Broué no presta atención al hecho de que durante ese periodo Rosa Luxemburgo veía a Trotsky como un «personaje sospechoso» y un «individuo dudoso», sin duda debido a sus relaciones con la derecha de la socialdemocracia alemana.

La actitud de Broué hacia Trotsky sobre este periodo se ve claramente en su tratamiento del infame Bloque de Agosto. El «Pravda» de Viena, editado por Trotsky, intentaba conciliar a mencheviques y bolcheviques, Broué cita con aprobación al anticomunista Leonard Schapiro, que prefería el «Pravda» de Viena a la prensa bolchevique por no ser tan «polémico». Un acuerdo de 1910 entre facciones resolvió que los bolcheviques darían apoyo financiero al «Pravda» de Viena, y Kámenev sería el responsable de administrar los fondos. El acuerdo contemplaba también que los bolcheviques se librasen de su ala más izquierdista y los mencheviques de su ala más derechista. Los mencheviques no respetaron el acuerdo, y en la polémica que se generó

Trotsky se posicionó con los mencheviques, librándose de Kámenev. Los artículos de Trotsky, dirigidos a militantes rusos no

familiarizados con la disputa, denunciaban a los bolcheviques como conspiradores de «emigrante pandillero». Kautsky solicitó y publicó en varias ocasiones artículos de Trotsky contra los bolcheviques, lo que provocó agrias contestaciones de Lenin, Rosa Luxemburgo y Plejánov. Cuando el congreso bolchevique en Praga en 1912 proclamó que representaba al partido al completo, Trotsky organizó una conferencia de «unidad» en Viena en Agosto.

«Para Trotsky, la conferencia debería de haber sido de unificación general, la reunificación del partido. La ausencia de los bolcheviques redujo a los participantes a un bloque contra ellos, al que bautizaron como el «Bloque de Agosto». Los socialdemócratas polacos y Plejánov no asistieron... El regreso de Trotsky a la «arena» de las facciones resultó ser de lo más desafortunado. Independientemente de sus intenciones y a pesar de sus precauciones, las posiciones que tomó tras la conferencia de Praga y su papel en el Bloque de Agosto le hicieron parecer, muy a su pesar, el núcleo de un grupo contra los bolcheviques y un partidario indirecto de los liquidadores».

Está claro que la interpretación de Broué sobre el papel de Trotsky en el Bloque de Agosto es errónea. Que Trotsky calificara a los bolcheviques de emigrante pandillero da una idea clara de que lo que denominaba «unificación general» pretendía ser un filo con el que atacar a Lenin. Trotsky no parecía ser el centro de la coalición anti-bolchevique, lo era. Las acciones de Trotsky no le colocaron donde estuvo «muy a su pesar», sino que fueron un ejemplo más de su actitud hacia los bolcheviques de 1903 hasta 1915 por lo menos.

El estallido de la primera guerra mundial y la traición de los partidos de la segunda internacional, que apoyaron a sus gobiernos en la guerra, cambiaron los alineamientos y forzaron nuevos posicionamientos y reagrupamientos en el movimiento obrero internacional. Tanto Lenin como Trotsky lucharon contra la guerra imperialista y ambos acudieron a la cumbre de socialistas contra la guerra realizada en Zimmerwald, Suecia, en septiembre de 1915». (pp. 35-36)

Hay que aclarar que la afirmación anterior es falsa, ya que frente al eslogan bolchevique de derrotar al gobierno propio en la guerra imperialista, Trotsky cantaba su slogan chovinista reclamando «ni victoria ni derrota». Ya se han citado en este libro pasajes de Lenin en los que denuncia las posiciones Kautskistas de Trotsky en Zim-

merwald, pero eso no es lo importante en este momento, continuemos con el texto de la ICL:

Broué defiende que tras la reunión de Zimmerwald, a pesar de los desacuerdos entre Trotsky y Lenin, hubo un *«razonable acercamiento progresivo entre dos hombres que realmente solo habían estado enfrentados por la ruptura de 1903, que desde hacía ya tiempo estaba superada»*. Lo que Broué *«olvida»* es que Lenin nunca se arrepintió de la ruptura de 1903, al contrario, a partir de la ruptura desarrolló una concepción teórica sobre la necesidad de los cuadros revolucionarios de organizarse en un partido de vanguardia, separado de centristas y reformistas. Trotsky aceptó este punto de vista de manera definitiva en 1917. Hay cierto anacronismo, que evoca las peores tradiciones de la política francesa, en presentar a Trotsky como un simple freelancer, una estrella, un líder de hombres, demasiado ocupado dando brillantes discursos como para ocuparse de las luchas de las diversas facciones entre bastidores, demasiado ocupado para haber sido un hombre de partido. Trotsky formó parte de una facción hasta 1917, formó parte de la facción que estaba equivocada. Su programa de conciliación nunca podría haber forjado el *«sector inmovilista»*, que había de liderar al partido hacia la toma del poder». (p. 34)

Bien dicho, señores de la ICL, no es necesario añadir ni una coma a estos comentarios. Estas afirmaciones no evitan que los señores trotskistas de la ICL afirmen con total convicción que el mejor preparado para llevar adelante un programa bolchevique tras la muerte de Lenin era Trotsky, frente a a dedicó dos décadas a combatir a muerte al leninismo, estaba más capacitado para llevar adelante el auténtico programa bolchevique que alguien como Iósif Stalin, que había dedicado esas dos décadas a construir ese programa leninista. Así lo justifica la ICL:

«En su admiración por el Trotsky menchevique de izquierdas, Broué no considera la autoridad que se habría labrado Trotsky entre los bolcheviques de haber estado del lado de Lenin como un hombre de la línea dura y de partido en 1903. Ésta autoridad podría haberle servido más tarde para combatir a los usurpadores stalinistas».

¡Y los burros vuelan! Lo que la ICL quiere decir aquí es que si Trotsky hubiese sido leninista en el período anterior a la Revolución de Octubre, quizá hubiese sido el más capacitado para desarrollar el programa bolchevique tras la muerte de Lenin. El problema es que

en ese periodo, por no decir que también en el siguiente, fue un enemigo del leninismo. El que sí fue leninista en ambos periodos fue Iósif Stalin, y en él fue, lógicamente, en quien el partido depositó su confianza para desarrollar el programa bolchevique tras la muerte de Lenin, no en el usurpador, que de hecho habría sido Trotsky. Hay, en cualquier caso, cierta lógica en la aparente sinrazón de la ICL. Admiten el menchevismo de Trotsky antes de 1917 para intentar convencer al lector informado de que la versión posterior del Trotsky que vio la luz y se convirtió en un gran bolchevique. «*El hecho es -escribe la ICL- que Broué prefiere al Trotsky menchevique que al Trotsky bolchevique*». Esta estrategia de la ICL no es en ningún caso convincente, ya que tras 1917, aun fingiendo ser bolchevique, Trotsky continuó con su actividad anti-leninista y anti-bolchevique.

3. Difamar a los líderes bolcheviques:

Trotsky intenta sembrar la desconfianza, mintiendo y difamando sobre los líderes bolcheviques. Como correctamente señala Stalin, «*No hay ninguna tendencia en el partido que pueda compararse a la trotskista en capacidad de mentir y difamar sobre los líderes de la revolución y los órganos centrales del partido*». (Obras Escogidas Vol. 6 pág. 366) En la carta a Chkeidze citada anteriormente, Trotsky describe a Lenin como «un experto en aprovechar de cualquier tipo de retroceso del movimiento obrero ruso». Si Trotsky calificaba así a Lenin, no es de extrañar que mintiese descaradamente sobre el continuador del leninismo en Rusia, Stalin.

¿Cómo pudo Trotsky alcanzar cargos en el Partido Bolchevique?

¿Cómo es posible que un impecable liquidador, menchevique y anti-leninista como Trotsky fuese designado para puestos de dirección en la Revolución de Octubre? Esa misma pregunta se la hace Stalin en su discurso del 27 de Noviembre de 1924:

«En 1917 Trotsky abandonó por completo la defensa de los tres pilares sobre los que había basado su elaboración teórica y su praxis hasta entonces, debido a que los acontecimientos demostraron que eran radicalmente erróneos. La teoría del Bloque de Agosto y de conciliación con los mencheviques quedaba completamente descartada en el momento de lucha armada contra éstos. Dejó de defender su teoría de la revolución permanente, dado que ningún

bolchevique contemplaba la toma del poder en febrero al no tener la ayuda del campesinado y que sabía que los bolcheviques no le permitirían, como decía Lenin, «jugar a la toma del poder». A Trotsky no le quedó más opción que aceptar la política bolchevique de luchar por influencia en los soviets y por ganar el apoyo del campesinado. Respecto a la tercera característica del trotskismo hasta 1917, la desconfianza en los líderes bolcheviques, tuvo que abandonarla debido al estrepitoso fracaso de sus anteriores teorías.

Trotsky abandonó, o mejor dicho, dejó de defender públicamente sus teorías, y aceptó el leninismo, pasando así a colaborar con Lenin. Trotsky escribe sobre las lecciones aprendidas en octubre, pero las olvida... Los trotskistas deberían también recordar esas lecciones de la Revolución de Octubre». (Obras Escogidas, Vol. 6 pp. 366,367)

Aunque el trotskismo ocultó su auténtica naturaleza durante la Revolución de Octubre, fue incapaz de aprender la lección, y volvió a sus errores, especialmente tras la muerte de Lenin. Trotsky volvió a la carga contra el leninismo (aunque esta vez afirmando defenderlo y mejorarlo) insistiendo en la teoría de la revolución permanente a pesar de que las revoluciones de 1917 y 1905 la hubiesen probado incorrecta.

Al volver a Petrogrado en 1917 Trotsky se afilió al grupo mezh-rayontsi (Interregional) que vacilaba entre el bolchevismo y el menchevismo. En Agosto de 1917 declararon que no tenían ninguna diferencia con los bolcheviques y se integraron en el Partido Socialdemócrata del Trabajo Ruso (bolchevique). Trotsky se unió con ellos a los bolcheviques. Algunos de los miembros del mezhrayontsi abandonaron el oportunismo y aceptaron realmente el bolchevismo. Por el contrario Trotsky y algunos otros mantuvieron sus visiones reaccionarias, su falta de disciplina y continuaron minando la unidad organizativa e ideológica del partido.

Dado que el trotskismo fue destapando sus posiciones más reaccionarias tras la Revolución de Octubre, atrajo hacia sí a todos los elementos no proletarios y a los cómplices de la burguesía imperialista que deseaban destruir la dictadura del proletariado. En cada uno de los momentos cruciales de la historia de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética, los trotskistas mantuvieron sus posiciones anti-bolcheviques y anti-leninistas, camuflándolas con un lenguaje revolucionario.

Brest-Litovsk

En 1918 la joven República Soviética necesitaba firmar el tratado de paz de Brest-Litovsk para poder dar un respiro al exhausto pueblo. En aquel momento crucial, Trotsky, cabeza de la delegación soviética en las conversaciones de paz, declaró la retirada unilateral de la República Soviética de la guerra, la desmovilización del ejército ruso y abandonó Brest Litovsk declarando que *«Solo la revolución europea, en el más amplio sentido del término, puede salvarnos»* (Séptimo congreso extraordinario de la RCP(B)) Esto dio al alto mando alemán la excusa perfecta para declarar terminado el armisticio y lanzar una ofensiva que obligó al gobierno soviético a firmar *«un tratado de paz mucho más humillante, y la culpa de esto es de quienes rechazaron el tratado anterior»*. (Lenin, Informe del CC al Séptimo Congreso Extraordinario, 7 de marzo de 1918, Obras Escogidas, Vol. 27)

La falta de madurez de esa pretendida «revolución europea» solo dejaba a los bolcheviques la opción de resolver sus problemas por sí mismos. Los bolcheviques debían resolver los problemas tal y como se presentaban, no tal y como ellos querían que se presentasen. Estos son los comentarios de Lenin sobre la actitud de Trotsky: *«Si no eres capaz de adaptarte, si no eres capaz de arrastrarte en el lodo si es necesario por la revolución, no eres un revolucionario, sino un charlatán; y digo esto no porque me guste, sino porque no tenemos otro camino, porque la historia no ha tenido la gentileza de dar las condiciones para hacer la revolución en todos los sitios al mismo tiempo»*. (Ibid.). Así que la revolución tuvo que pagar un alto precio por el derrotismo y el aventurerismo de Trotsky, que concuerda a la perfección con su teoría de la revolución permanente y la revolución mundial.

El debate sobre los sindicatos

Al terminar la guerra civil en 1920, la Unión Soviética pasó del comunismo de guerra a la NEP y se embarcó en un programa de revitalización de la economía crecimiento industrial, perfeccionamiento de la agricultura y medidas para atraer a los trabajadores y los sindicatos hacia la construcción del socialismo mediante planificación y persuasión (no mediante la coerción). Trotsky, «patriarca de los burócratas» como acertadamente lo calificó Stalin en aquel momento, insistió en «apretarle las tuercas» y «agitar» a los sindica-

tos, convirtiéndolos en agencias estatales, usando métodos coercitivos si fuese necesario. El partido se posicionó en contra de la propuesta y el CC rechazó esta idea propia de un sargento prusiano. Como respuesta, Trotsky organizó un grupo para luchar contra el CC. La sorpresa y la alarma de Lenin al observar tan inaudita actitud le llevaron a presentar una resolución en el décimo congreso del partido (Marzo 1920) para prohibir la formación de fracciones y disolver las ya formadas. La sanción por incumplir esta resolución sería la expulsión.

Trotsky vuelve al fraccionalismo

Esta resolución estaba claramente dirigida a Trotsky, que cada vez que no era capaz de convencer de sus posturas al partido montaba una fracción amenazando incluso con la escisión. Durante 1921 la salud de Lenin comenzó a empeorar. La Arteriosclerosis cerebral comenzaba a dificultar la circulación sanguínea en su cerebro, obligándole a permanecer descansando durante aquel verano en la villa de Gorki, no lejos de Moscú. A finales de mayo de 1922 se celebró el XI congreso del Partido Bolchevique, en el que se creó la Secretaría General, para la cual se nombro responsable, por iniciativa de Lenin, a Stalin. El 26 de Mayo de 1922 Lenin sufrió un ataque del que se recupero con relativa rapidez, volviendo a sus tareas a principios de octubre de ese mismo año. Después de dos ataques de menor importancia el 13 y el 16 de Diciembre, el 10 de Marzo de 1923 sufrió un ataque severo del que ya nunca se recuperaría completamente y que le hizo retirarse de la actividad política.

Tras este último ataque de Lenin, Trotsky, con la intención de ser él el líder de la revolución, aumentó su actividad fraccional y sus ataques contra los líderes del partido. El 8 de octubre de 1923 escribió una carta al CC en la que decía que los líderes del partido dirigían al país a la catástrofe y que solo una mayor democracia interna podría evitarlo, es decir, que debía haber libertad para formar fracciones. 46 seguidores de Trotsky redactaron un manifiesto en el que defendían estas posturas. La carta de Trotsky y la petición de los 46 fueron discutidas y rechazadas en el CC y en el CCC con representantes de las 10 mayores organizaciones del partido en octubre de 1923.

Tras la carta al CC, Trotsky redactó un panfleto titulado «Nuevo Curso» en el que pedía más democracia interna y acusaba a los «viejos» bolcheviques de haber degenerado, y proponiendo a jóve-

nes estudiantes para sustituir a los cuadros experimentados de la organización, afirmando que el número de jóvenes es un indicativo de la salud del partido. Refiriéndose a la degeneración de la vieja guardia bolchevique, Trotsky utiliza la expresión «nosotros, la vieja guardia bolchevique» a lo que Stalin contesta sarcásticamente: *«Antes de nada me gustaría aclarar un punto. Como es evidente... Trotsky se incluye entre la vieja guardia bolchevique, considerándose preparado para aceptar las responsabilidades que tendrá que asumir la vieja guardia por su «degeneración». Su voluntad de sacrificarse ha de ser considerada un acto de gran nobleza. Pero debo proteger a Trotsky de sus propias intenciones, ya que no puede considerársele como el único responsable de la degeneración de los cuadros de la vieja guardia»* y Stalin añade *«En cualquier caso, hay algunos elementos en nuestro partido que realmente tienen el potencial de hacerlo degenerar. Me refiero a los mencheviques que se unieron a nosotros a regañadientes y aún no se han desprendido de sus hábitos oportunistas»*. (Obras Escogidas, Vol. 5 p. 395)

En la XIII conferencia del RCP(B), celebrada el 18 de Enero de 1924, se condenó de manera contundente la actitud fraccional de Trotsky y sus seguidores, declarando que *«la oposición actual no solo pretende revisar el trotskismo y el leninismo, sino que es una clara desviación pequeño burguesa. No hay duda de que estas posiciones reflejan la presión de la pequeña burguesía contra la dictadura del proletariado y su partido»*.

La muerte de Lenin y el intento de Trotsky de sustituir el leninismo por el trotskismo

Lenin murió en la tarde del 21 de Enero de 1924 tras haber sufrido un ataque por la mañana. Trotsky, a pesar de ser un recién llegado al Partido Bolchevique, estaba convencido de ser más capaz de sucederle que un viejo Bolchevique, Stalin, que contaba además con la confianza del partido. En octubre de 1924 Trotsky publica una introducción a su obra «Las lecciones de octubre» que trata sobre las razones de la victoria de los bolcheviques. Tras comentar la necesidad un partido revolucionario para hacer la revolución, Trotsky se esfuerza en minimizar el papel de los bolcheviques y en engrandecer el suyo en la Revolución de Octubre, y sugiere de manera velada que Lenin cambió su posición a la de Trotsky. También vuelve a plantear en esta obra algunas de sus teorías ya conocidas, como el inevitable choque entre la vanguardia proletaria y el cam-

pesinado. Al leer «lecciones de octubre» se saca en conclusión que fue Trotsky quien organizó la Revolución de Octubre. En otras palabras, el hombre que había luchado contra el bolchevismo y el leninismo durante 14 años, que se posicionó con los mencheviques y liquidadores para oponerse a la construcción del partido capaz de guiar al proletariado a la revolución, que oponía al eslogan bolchevique de derrotar al gobierno propio en la Segunda Guerra Mundial su eslogan «mi victoria ni derrota» y que oponía a la teoría de la revolución proletaria de Lenin su teoría de la revolución permanente, de repente, por obra de la providencia, se convierte en la persona idónea para salvar la revolución de los inútiles que constituían el CC del partido.

Nada podría estar más alejado de la realidad. El papel especial que se le atribuye a Trotsky en la Revolución de Octubre se debe a John Reed, el autor de «Diez días que estremecieron al mundo», que, no teniendo conocimiento de primera mano del partido, no tenía información sobre la reunión del CC del 23 de octubre de 1917, y fue embaucado por los rumores esparcidos por gente como Sukhanov. Estos cuentos de hadas sobre el papel especial de Trotsky en la Revolución de Octubre fueron repetidos en otros panfletos por trotskistas, incluido el panfleto de Syrkin sobre octubre. Tras la muerte de Lenin, Trotsky potenció esos rumores con sus creaciones literarias.

Dado el intento sistemático de los trotskistas de rescribir la historia de la Revolución de Octubre, Stalin refutó con hechos incontestables y con su particular y devastador estilo, las fantasías trotskistas, en el pleno del Grupo comunista de la AUCC-TU (Nota 3). Hablando sobre la reunión del CC del 23 de octubre de 1917, probó que la resolución sobre el alzamiento fue aprobada por una mayoría de 10 frente a 2, y que en aquella misma reunión se eligió un centro político para dirigir el alzamiento, que estaría formado por Lenin, Zinóviev, Stalin, Kámenev, Trotsky, Sokolnikov y Bubnov. El centro incluía a Zinóviev y Kámenev, que fueron los dos votos en contra del alzamiento. Esto fue posible a pesar de los desacuerdos debido a que había acuerdo entre ellos dos y el resto del CC en cuestiones fundamentales como eran «*el carácter de la revolución rusa, las fuerzas que la llevarían a cabo, el papel del campesinado, y principios del liderazgo del partido...*». (Stalin, Obras Escogidas, Vol. 6 p. 341) Por lo tanto el alzamiento fue decidido por el CC y solo por el CC. y la dirección política del alzamiento estaba en manos del

CC.

La leyenda del papel inspirador de Trotsky en el alzamiento, fue inventada por Lentsner, al que Stalin le dedica estas palabras: *«Los trotskistas se afanan en esparcir el rumor de que Trotsky fue el gran líder de la Revolución de Octubre. La fuente de la mayoría de estos rumores es el editor de los trabajos de Trotsky, Lentsner. El mismo Trotsky se cuida mucho de citar en sus obras el papel central del partido, del CC y del comité de Petrogrado que tuvieron en el alzamiento, otorgándose a sí mismo un papel central en los acontecimientos. No niego que Trotsky jugase un papel como secretario del soviet de Petrogrado en el alzamiento, pero su papel estaba limitado a cumplir lo que le ordenaban los órganos superiores del partido. Los hechos, los hechos históricos verídicos, confirman esto».* (Ibid., pp. 341-342)

Stalin pasa entonces a comentar la reunión del CC que tuvo lugar el 29 de octubre de 1917. Además de los miembros del CC, estaban presentes representantes de organizaciones militares, comités de fábrica, sindicatos y ferroviarios. La resolución que presentó Lenin sobre el alzamiento fue aceptada por una mayoría de 20 contra 2, con 3 abstenciones. En esta reunión se formó un «centro práctico» para que gestionara y liderara el alzamiento. Los miembros de este centro fueron Sverdlov, Stalin, Dzerzhinski, Bubnov y Uritsky. *«La función del centro era una: dirigir todos los órganos del alzamiento en conformidad con las líneas dictadas por el CC, así que algo extraño ocurrió en esta reunión del Comité Central, en la que el «inspirador», «líder» y «figura central» del alzamiento no fue designado para dirigirlo. ¿Cómo se concilia esto con la teoría actual del papel central de Trotsky en el alzamiento? ¿No es algo extraño? Hablando seriamente, ni en el partido, ni en la Revolución de Octubre, jugó Trotsky ningún papel especial, ni podría haberlo jugado, ya que era una persona relativamente nueva en el partido. Él, junto con los trabajadores conscientes, simplemente siguió las líneas trazadas en el CC. Cualquiera que conozca el funcionamiento del partido sabrá que no pudo haber sido de otra manera, ya que si Trotsky hubiese actuado al margen del CC, se le habría negado cualquier posibilidad de influenciar el curso de los acontecimientos. El papel «especial» de Trotsky en el alzamiento no es más que un rumor, un cotilleo.* (Nota 4)

No quiero sugerir que la Revolución de Octubre no tuviese un líder, pero ese líder era Lenin, y nadie más que Lenin, el mismo

Lenin cuya resolución sobre el alzamiento fue aceptada por el CC, el mismo Lenin que, a pesar de estar en la clandestinidad, fue el que concibió el alzamiento. Es falso y ridículo intentar, mediante cotilleos decir que Lenin estuviese escondido, ocultar el hecho de que el líder de la Revolución de Octubre fue V. I. Lenin». (Stalin, Obras Escogidas, Vol. 6 pp. 342-344)

«Es cierto, por otro lado, que Trotsky combatió bien el período de octubre. También los Socialistas Revolucionarios de izquierdas que se posicionaron con el partido en octubre lucharon bien. De hecho, puedo afirmar que en el período de octubre, cuando el enemigo estaba aislado y el alzamiento crecía, no era difícil luchar bien. Es en los momentos de retroceso cuando aparecen los héroes. La lucha del proletariado no es un avance interrumpido, una cadena de victorias, también tiene sus derrotas y sus retrocesos. El revolucionario verdadero no es el que demuestra coraje en los momentos de alzamientos victoriosos, sino el que, además de luchar bien en los momentos de alzamiento victorioso derrocha coraje en los momentos de retroceso o retirada, el que no pierde la cabeza ni se desmoraliza cuando el proletariado pierde una batalla o el enemigo consigue una victoria. Los socialistas revolucionarios de izquierdas, que no lo hicieron mal en el alzamiento de octubre, fueron presa del pánico, la histeria y la desesperación en el periodo de Brest, durante el avance del imperialismo alemán. Es un hecho triste, pero indudable, que Trotsky, que luchó bien en el periodo de octubre, no lo hizo así en el periodo de Brest, en el periodo en el que la revolución sufría reveses y había que tener el coraje de enfrentarse a ellos. En aquellos momentos era necesario tener la frialdad de no desfallecer, y firmar una paz que retirase al ejército del proletariado del alcance de los cañonazos alemanes, para poder devolver el golpe más tarde. Desgraciadamente Trotsky no tuvo ese coraje revolucionario.

Según Trotsky, la principal lección de la revolución proletaria es no vacilar durante octubre. Se equivoca, no hay que vacilar ni caer en el pánico ni en octubre ni cuando estás en retirada y el enemigo avanza. La revolución no terminó en octubre, octubre fue sólo el principio de la revolución proletaria. Es terrible vacilar cuando la revolución crece, pero es peor aun vacilar cuando la revolución está pasando severas pruebas una vez tomado el poder. Mantener a la revolución en el poder no es menos difícil que tomarlo». (Ibíd. pp. 344-345)

Stalin se plantea la pregunta de por qué necesita Trotsky todas esas leyendas sobre octubre y la preparación de la Revolución de Octubre, sobre Lenin y el partido, y cuál es el propósito de estas invenciones sobre la historia del partido. *«Trotsky afirma que su propósito es estudiar la Revolución de Octubre. ¿Pero acaso no es posible estudiar octubre sin esmerarse en desacreditar a Lenin y al partido? ¿Qué tipo de historia es aquella cuyo objetivo es desacreditar al líder del alzamiento y al partido que lo organizó? Esa no es la manera de estudiar lo que ocurrió en octubre, esa no es la manera de contar la historia del alzamiento. Obviamente aquí hay un objetivo diferente al «estudio», el propósito de estos estudios históricos de Trotsky es intentar otra vez sustituir el leninismo por el trotskismo. Trotsky necesita desesperadamente desacreditar al partido, a sus líderes y a sus órganos, con el propósito de desacreditar al leninismo. Y es necesario desacreditar el leninismo para poder sustituirlo por el trotskismo como ideología dominante entre el proletariado.*

Esta es la esencia de los recientes «pronunciamientos literarios» de Trotsky». (Ibíd. pp. 363- 364)

El trotskismo, punto de confluencia de la contrarrevolución

Stalin saca en conclusión que *«el trotskismo, dado su contenido y sus métodos, tiene muchas posibilidades de convertirse en un punto de encuentro de las diversas tendencias no proletarias que desean debilitar la dictadura del proletariado»* y por lo tanto *«la tarea del partido es enterrar el trotskismo como ideología»*. (Ibíd. p. 373)

Años después, el propio Trotsky se vio obligado a admitir que *«en el seno de esta vanguardia [la oposición trotskista] había todo tipo de elementos insatisfechos con la situación, faltos de ideología e incluso oportunistas de carrera»* añadiendo que en cualquier caso la oposición *«fue capaz de librarse de estos seguidores que no habían sido invitados»*. Al contrario de lo que habría deseado Trotsky, fueron estos elementos no proletarios, que eran intrínsecamente hostiles a la dictadura del proletariado, los que apoyaron al trotskismo en la URSS y continuaron apoyándolo en el extranjero tras su expulsión.

Incluso el trotskista Deutscher afirma en su libro que *«Fuera del partido, los revolucionarios frustrados se mezclaban con tendencias claramente contrarrevolucionarias. Cuando el grupo dominante eligió a Trotsky como blanco de sus ataques, despertó la sim-*

patía hacia él de muchos que en otras circunstancias le habrían odiado. Cuando apareció en las calles de Moscú [en la primavera de 1924] fue aplaudido por una muchedumbre de comunistas idealistas hombro con hombro con mencheviques, Social Revolucionarios, la nueva burguesía de la NEP y todos aquellos que por una razón u otra, aspiraban al cambio [es decir, todos aquellos que deseaban la desintegración de la dictadura del proletariado mediante la desintegración del Partido Bolchevique]». (Isaac Deutscher, Stalin, Pelican, 1966 p. 279)

En su sesión plenaria del 17-20 de Enero de 1925, el CC de la RCP (B) describió al trotskismo como una «variedad del menchevismo» y los incesantes ataques de Trotsky al partido como un intento de sustituir el leninismo por el trotskismo. En esta reunión se decidió destituir a Trotsky de su puesto de secretario del Consejo Revolucionario Militar de la URSS y se le advirtió que *«la militancia en el partido supone la subordinación real, no verbal, a su disciplina, y la aceptación de los ideales del leninismo»*.

El nacimiento de la nueva oposición

Tras la reunión del CC en la que se condenaba la actitud de Trotsky y se le advertía de que sus actividades eran incompatibles con la militancia en el partido, Trotsky se retiró de escena una temporada, esperando su oportunidad. Esta oportunidad le llegó cuando Zinóviev y Kámenev, dos viejos bolcheviques, asustados por las dificultades e imbuidos por el derrotismo, pasaron a la oposición cuando la 14 Conferencia del partido (Abril 1925) apostó por construir el socialismo en la URSS. Siendo derrotistas y escépticos incorregibles, Zinóviev y Kámenev negaban la posibilidad de construir el socialismo en la URSS, y encontraron apoyo en el derrotismo y el escepticismo personificado, es decir, Trotsky, autor de la teoría de la «revolución permanente», que sintetiza la desesperanza. La nueva oposición, como se la denominó, dirigida por Zinóviev y Kámenev, lanzó exitosos ataques contra la línea leninista del partido (sobre la posibilidad de construir el socialismo) en el XIV Congreso del partido, que se inició en Diciembre de 1925. Tras ser derrotada en dicho congreso, la nueva oposición, liderada por Zinóviev y Kámenev (que poco antes defendían apartar a Trotsky de cargos de dirección y a los que Trotsky deseaba ver fuera del partido) adoptaron abiertamente el trotskismo. Así se formó una nueva oposición anti-partido que agrupaba remanentes de diversos grupos previamente

derrotados, y luchaba contra el fortalecimiento de la dictadura del proletariado mediante la construcción del socialismo en la URSS.

Los líderes de esta nueva oposición, garantizándose amnistía mutua, como correctamente señaló Stalin, y usando como pretexto el fracaso de la huelga general de los trabajadores británicos (acusando a los bolcheviques de haber fracasado en dar dirección y liderazgo a los británicos) crearon una plataforma, cuyo manifiesto fundacional fue redactado por Trotsky y presentado al CC el 6-9 de abril de 1926, y en versión completa el 14-23 de julio de 1926. En flagrante incumplimiento de la disciplina del partido, la plataforma organizó manifestaciones en las fábricas, reclamando una discusión profunda de su manifiesto. Los trabajadores comunistas denunciaron vehementemente a los líderes de la oposición e hicieron fracasar sus actividades. Tras esta sonora derrota, los líderes de la oposición enviaron un comunicado, el 16 de octubre de 1926, en el que admitían sus errores y prometían abandonar sus actividades fraccionales contra el partido. Como dice Ian Grey: *«Trotsky, Zinóviev, Kámenev, Pyatakov, Sokolnikov y Evdokimov confesaron sus faltas en una declaración pública y juraron no realizar más actividades fraccionales en el futuro. También denunciaron a los izquierdistas que los habían apoyado en la Komintern y a los miembros del Grupo de trabajadores de la oposición»*. (Ian Grey, Stalin, Man of history, Abacus, 1982, pp. 213-214)

La formación de un partido ilegal

El comunicado de la oposición de octubre de 1926 resultó no ser más que una sarta de mentiras hipócritas. De hecho la oposición había formado un partido paralelo propio, con un sistema propio de militancia, comités de centro, regionales y central. Este partido ilegal, que contaba con su propio sistema de prensa y agitación, mantenía reuniones secretas en las que discutían su programa y coordinaban sus acciones contra el Partido Bolchevique violando los acuerdos del X Congreso que prohibían la formación de fracciones dentro del partido.

En octubre de 1926, el pleno del CC, en reunión conjunta con la comisión central de control, resolvió enviar una severa advertencia a los líderes de la oposición, apartar a Trotsky de su cargo en el Politburó, rechazar la candidatura de Kámenev a este órgano, y expulsar a Zinóviev de su puesto en la Komintern.

En la XV Conferencia de todos los partidos de la unión, (octu-

bre-noviembre de 1926) se condenó a la oposición de Trotsky y Zinóviev por menchevique, y les advirtió que seguir en esa dirección significaría la expulsión del partido.

A principios de 1927 la oposición reanudó sus ataques acusando a la Komintern y al PCUS de los reveses sufridos por la revolución china. Aprovechando las dificultades internas y externas que atravesaba la URSS, la oposición formó la «plataforma de los 83», que denunció que el gobierno soviético planeaba abolir el monopolio sobre el comercio exterior y dar derechos políticos a los kulaks. Esas declaraciones animaron a la burguesía internacional y a los kulaks a intensificar su presión sobre el gobierno soviético, para que estas medidas se llevaran a cabo. La plataforma también demandaba mayor libertad en el partido, entendiendo por libertad la libertad de formar fracciones.

La lucha del trotskismo contra el «stalinismo»: continuación de la lucha contra el leninismo

La oposición luchaba contra el régimen establecido en el décimo congreso bajo el liderato de Lenin, que pretendía fortalecer la dictadura del proletariado mediante la unidad y la férrea disciplina en el Partido Bolchevique, desterrando el fraccionalismo. El décimo congreso estableció que:

«Mientras la democracia interna y la crítica sobre los errores del partido es aceptada y apreciada, no se permitirá ninguna actividad fraccional, y aquel que organice fracciones será expulsado del partido». (Stalin, Obras Escogidas, Las características de la oposición rusa, Obras Escogidas, Vol. 10 p. 166)

«La lucha de los trotskistas contra el leninismo del partido empezó ya en tiempos de Lenin, y lo que ocurre ahora [septiembre 1927] no es más que una continuación de aquella lucha». (Ibíd.)

Dado que la plataforma no contó con ningún apoyo entre los trabajadores, emprendió de nuevo la retirada, y presentó otra declaración al CC, el 8 de agosto de 1927, en la que sus miembros prometían no volver a incurrir en actividades de carácter fraccional, promesa que incumplirían solo un mes después.

En vísperas del XV Congreso del partido, la oposición presentó un nuevo manifiesto en el que expresaban sus objetivos y sus políticas. Esta constante actividad fraccional y las constantes violaciones de las resoluciones del partido tenían que terminar. A finales de octubre de 1927 el CC suspendió a Trotsky y a Zinóviev de éste órga-

no y decidió presentar los documentos de la oposición al congreso para que este se posicionase. En el debate sobre los documentos de la oposición durante el XV Congreso, 724.000 militantes se posicionaron con las políticas leninistas llevadas a cabo por la dirección, mientras que solo 4.000 votos, es decir, menos de un uno por ciento, apoyaron a la oposición.

¿A qué se debe el fracaso de la oposición?

La oposición no obtuvo ningún apoyo en las organizaciones del partido debido a que su propuesta no era otra que suplantarlo por el trotskismo. *«¿Cómo podemos explicar que, a pesar de su habilidad como orador, de sus virtudes y a pesar de sus grandes deseos de liderar el partido, Trotsky no contara con apoyos en el PCUS (b)?*

Porque lo que Trotsky pretendía era sustituir el leninismo por el trotskismo, pero el partido quería mantenerse fiel al leninismo a pesar de las maniobras de Trotsky. Esa es la razón por la cual este partido, artífice de tres revoluciones, ha decidido dar la espalda a Trotsky y a la oposición». (Stalin, Obras Escogidas, Vol. 10, p. 165)

«¿Cómo pudo ocurrir que la totalidad del partido y la clase obrera hayan aislado de ésta manera a la oposición? Después de todo, la oposición está compuesta por gente bien conocida, algunos de ellos con prestigio, que saben hacerse ver y darse importancia... Ocurrió porque la oposición resultó ser un grupo de intelectuales pequeñoburgueses separados de la realidad social, de la revolución y de la clase obrera». (Stalin, *Ibid.*)

Del fraccionalismo en el partido a la lucha contra la URSS

Dada su derrota en el partido, su bancarrota política y su aislamiento de la clase obrera el grupo trotskista pasó de una actividad fraccional dentro del partido a una lucha contrarrevolucionaria y antisoviética contra el régimen bolchevique, atrayendo hacia sí a todos los elementos antisoviéticos.

El 7 de noviembre de 1927, en el décimo aniversario de la Revolución de Octubre, Trotsky y Zinóviev organizaron manifestaciones contra el partido en Moscú y en Leningrado. Dada la baja participación, las manifestaciones se dispersaron al ver acercarse las marchas de obreros liderados por el PCUS.

Es el 7 de noviembre cuando Trotsky demuestra haberse convertido en una fuerza plenamente contrarrevolucionaria y claramen-

te hostil a la dictadura del proletariado en la URSS. Tras haber infringido todas las normas del partido, los trotskistas se embarcaron en una carrera en la que violaron las leyes del Estado Soviético realizando actividades entre las que se incluía el asesinato, el sabotaje y finalmente la alianza con el fascismo.

El 14 de noviembre el CC expulsó a Trotsky y a Zinóviev del partido y destituyó a miembros de su grupo de puestos de dirección. El XV congreso del partido (diciembre 1927) declaró que la oposición había abandonado el leninismo, abrazado el menchevismo y capitulado frente a la burguesía imperialista y que por lo tanto era un arma de la contrarrevolución, apoyó las medidas adoptadas por el CC y las reforzó con la expulsión de otros 75 miembros del bloque Trotsky-Zinóviev, así como a 15 «Democrático-centralistas». El congreso dio instrucciones a las organizaciones del partido para que destituyesen de sus órganos de dirección a los trotskistas y los reeducasen en el leninismo.

Tras el congreso muchos miembros de la oposición reconocieron sus errores y volvieron a militar en el partido. En enero de 1928 Trotsky fue expulsado a Alma-Ata en Kazajstán. Debido a que aun desde allí continuaba con sus actividades conspiradoras contra la URSS, fue expulsado de ésta en enero de 1929.

La oposición pretendía sustituir el leninismo por el trotskismo, así que no puede sorprender que el partido les diera la espalda a los líderes que pretendían esto. Como dijo Stalin *«algunos líderes del partido se han convertido en renegados»*. (Obras Escogidas, Vol. 10 p. 199)

Fue su traición al leninismo, y no factores personales, los que provocaron la derrota del trotskismo

Trotsky en su día, y los trotskistas desde entonces, han explicado la derrota del leninismo por factores personales. Veamos cómo explica Stalin las razones de la derrota de la oposición:

«La oposición insiste en que su derrota se explica por factores personales, por la rudeza de Stalin... ¡Qué explicación más simple! Trotsky luchó contra el leninismo desde 1904. Desde 1904 hasta 1917 luchó junto a los mencheviques. En ese período Trotsky sufrió una serie de derrotas a manos de los partidarios de Lenin, ¿Por qué? ¿También fue esta vez la rudeza de Stalin? Pero Stalin no era secretario del Comité Central, ni estaba en el extranjero, donde se

desarrollaba la lucha entre Trotsky y Lenin, sino que estaba en Rusia luchando contra el zarismo, así que ¿qué tuvo que ver la rudeza de Stalin con estas derrotas?

En el período comprendido entre la Revolución de Octubre y 1922, Trotsky, ya miembro del Partido Bolchevique, lanzó dos ataques contra Lenin y el partido: La Paz de Brest y la cuestión de los sindicatos. Y ambos ataques fracasaron. ¿Quizá fue culpa de la rudeza de Stalin? Pero Stalin no estaba en la secretaría del CC, ¿qué tendrá que ver la rudeza de Stalin con esto?

Trotsky siguió lanzando ataques contra el partido (1923, 1924, 1926, 1927) y cada uno de ellos fracasó. Resulta obvio, tras analizar todo esto, que la lucha de Trotsky contra el leninismo tiene unas raíces históricas profundas. La lucha que mantiene el partido contra el trotskismo actualmente es la continuación de la que viene manteniendo desde 1904.

Es su traición al leninismo lo que explica la bancarrota de la oposición. Nuestro partido se forjó en la lucha revolucionaria, no en tiempos de desarrollo pacífico. Nuestro partido tiene una tradición revolucionaria muy amplia y no hace un fetiche de sus líderes. Hubo un tiempo en el que Plejánov era el hombre más popular dentro del partido, más que eso, era el fundador del partido, y su popularidad era incomparablemente mayor a la de Trotsky o

Zinóviev. A pesar de ello el partido abandonó a Plejánov en cuanto éste abandonó el marxismo y se pasó al oportunismo. ¿A quién puede sorprender entonces que gente que no es tan popular ni capaz, como Zinóviev o Trotsky, se encuentren rechazados por el partido en cuanto abandonaron el leninismo?» (Obras Escogidas, Vol. 10 pp. 199-201)

La lucha de Stalin contra el trotskismo fue una continuación de la lucha que Lenin había mantenido desde 1903, así como la lucha de Trotsky contra el Partido Bolchevique encabezado por Stalin fue una continuación de la lucha contra el partido cuando estaba dirigido por Lenin. Lenin había sido el objetivo de los ataques de Trotsky de 1903 a 1917. Tras la muerte de Lenin, esta honorable posición le correspondió a Stalin, por ser el continuador de las políticas de Lenin y convertirse en el miembro más destacado del Partido Bolchevique. El odio de los trotskistas a la figura de Stalin se debe principalmente a que éste continuara con las líneas leninistas y asestara al trotskismo, por ser una ideología esencialmente pequeñoburguesa, golpes frecuentes. Veamos lo que dice Stalin de los ataques hacia su

persona:

«Habéis sido todos testigos de las numerosas ocasiones en las que la oposición dirige sus ataques hacia la figura de Stalin, ¿y quién es Stalin? Stalin no es más que una figura secundaria. Hablemos de Lenin, ¿Quién ignora que en los tiempos del Bloque de Agosto se lanzó una campaña agresiva contra la figura de Lenin? Escuchemos a Trotsky, por ejemplo:

«Los desagradables conflictos que genera sistemáticamente Lenin, ese perro viejo, un experto sacando partido de todo lo atrasado del proletariado ruso, parece una obsesión carente de sentido». (Trotsky, Carta a Chkeidze, Abril 1913)

Notad el lenguaje que utiliza. Es Trotsky el que escribe, y escribe sobre Lenin. No puede sorprendernos que Trotsky, que escribe de esta manera tan traidora sobre Lenin, vierta ahora sus mentiras sobre uno de los seguidores de Lenin, en este caso sobre Stalin. Más aún, es para mí un honor que Trotsky lance estas campañas de desprestigio sobre mi persona. Sería de lo más sospechoso que la oposición, cuyo objetivo es destruir al partido, aplaudiese las decisiones de Stalin, que defiende los fundamentos del leninismo en el partido». (Obras Escogidas, Vol. 10 pp. 177-178)

Las predicciones de desastres hechas por Trotsky

Partiendo de la teoría científica, derrotista y anti-leninista de la revolución permanente, que fue refutada por la experiencia de las tres revoluciones rusas y por el desarrollo social en la URSS y en todos los lugares, Trotsky no podía sino predecir desastres. El tema principal de sus escritos entre 1925 y 1940 fue negar la posibilidad de la construcción del socialismo en la URSS y así minaba la confianza del proletariado soviético en la construcción de la nueva sociedad, dado que la famosa «revolución mundial» no llegaba. Estas afirmaciones iban acompañadas de ataques a la dirección leninista del partido, a pesar de ser ésta la única garantía de éxito en la construcción de la nueva sociedad durante la dictadura del proletariado. Por supuesto, estos ataques iban siempre camuflados como ataques a la «burocracia stalinista» y pretendían ir encaminados a mejorar las cosas. Cuando el desastre que Trotsky había predicho no ocurría, Trotsky se afanaba en camuflarlo e inventarse desastres y desmoralización entre el pueblo soviético.

Trotsky predice la degeneración del partido

En 1923, cuando la Nueva Política Económica (NEP) fue presentada, Trotsky predijo inmediatamente la derrota de la dictadura del proletariado mediante la «degeneración del aparato estatal hacia posiciones burguesas». En su «Nuevo Curso», escrito en 1923, afirma que «la burocracia ha alcanzado niveles alarmantes» y predijo la vuelta al capitalismo mediante la NEP, afirmando que la cantidad se transformaría en un momento dado en calidad:

«El desarrollo rápido de capital privado... demostrará que el capital privado se interpone cada vez más entre los trabajadores y entre el estado de los trabajadores y el campesinado, ya que está adquiriendo cada vez más importancia económica e influencia política... la ruptura entre la industria soviética y el campesinado es un riesgo muy grave para la revolución proletaria y un síntoma de la posibilidad de triunfo de la contrarrevolución.»

¿Cuáles son los caminos por los que discurrirá el triunfo de la contrarrevolución si estas propuestas económicas son llevadas a cabo? La característica básica en la esfera política será la degeneración de la burocracia estatal hacia posturas burguesas... Si el capital privado se incrementa rápidamente y es capaz de atraer hacia sí al campesinado, las tendencias contrarrevolucionarias vencerán.»

Las tendencias contrarrevolucionarias encuentran apoyo entre los kulaks, las clases medias, los distribuidores, en una palabra, entre aquellos que son más capaces de conseguir puestos en el aparato del Estado.»

Los fenómenos sociales que acabo de enumerar y que rodean a la burocracia pondrán a la revolución en peligro en caso de que sigan desarrollándose. El burocratismo en el Estado y en el partido es la expresión de las tendencias contrarrevolucionarias y puede socavar las bases de la revolución. La cantidad se transformará en un momento dado en calidad». (Capítulo 4)

En estas afirmaciones Trotsky olvida completamente el papel de la dictadura del proletariado. Por supuesto que durante la NEP se crearon elementos capitalistas, especialmente en el campo, y fue una vuelta parcial al capitalismo. Todo eso lo sabía el autor de la NEP, Vladimir Ilich Lenin, pero es que no había otra manera de pasar del comunismo de guerra al socialismo más que mediante la NEP. El peligro de la vuelta al capitalismo solo sería crítico en el caso de que el proletariado fallase en su tarea de mantener bajo un control férreo a los elementos hostiles que se generarían en el pro-

ceso: kulaks y comerciantes. Y fue por esto por lo que Lenin llamó a fortalecer la dictadura del proletariado, que solo se podía realizar mediante la unidad y la disciplina en el partido. Fue por esto por lo que el propio Lenin escribió la resolución del décimo congreso del partido en la que se prohibían las fracciones dentro del partido y se anunciaba que se expulsaría a quienes formasen fracciones. Trotsky contribuyó al proceso de fortalecimiento del partido atacando a la dirección y a la dictadura del proletariado, al aparato estatal soviético y rompiendo la disciplina del partido en repetidas ocasiones.

Errores en las predicciones de Trotsky

A pesar del sabotaje de los trotskistas, las predicciones de Trotsky no se hicieron realidad, gracias al liderazgo leninista del partido durante este difícil periodo. La Rusia de la NEP avanzó hacia el socialismo y consiguió vencer a la Alemania nazi. El «burocratismo», «ahogo» y «anquilosamiento» que había augurado Trotsky no se materializaron y la URSS comenzó la colectivización y la industrialización mediante los planes quinquenales. Durante estos procesos Trotsky atacó a la dirección soviética, revelando sus verdaderas tendencias de «socialista de mercado», socialdemócrata o burgués.

Cobarde, miserable y derrotista

En 1933 Trotsky publicó su panfleto «La economía soviética en peligro» en el que se posicionaba en contra del segundo ataque al capitalismo -el ataque que suponía la colectivización y la industrialización socialistas- medida de gran importancia histórica. Trotsky declaró que *«la colectivización económicamente válida y correcta no se debe realizar eliminando la NEP, sino reorganizando sus métodos»*. (p. 32) En otras palabras, no se debe tomar ninguna medida para acabar con el capitalismo en el campo. Al estilo de Gorbachov, con el pretexto de imponer controles al mercado, lo que Trotsky pretendía era dejar al mercado regularse a sí mismo. *«La regulación del mercado depende en sí mismo de las tendencias que éste muestra»* (p. 30) *«eliminando el mercado y colocando en su lugar «bazares asiáticos» manejados por la burocracia... se han creado las condiciones para los cambios más bárbaros en los precios, y se han minado las bases para el cálculo de las transacciones comerciales. El resultado ha sido el caos económico»*. (p. 34)

Trotsky, que en diciembre de 1925, durante el XIV congreso

del PCUS, había planteado la colectivización inmediata, cuando no existían las condiciones para esta colectivización en 1933, cuando la colectivización se estaba completando, se opone a la eliminación de los kulaks como clase, proponiendo en su lugar una política *«de restricción severa de las tendencias explotadoras de los kulaks»*. (p. 49) En otras palabras, que no había que eliminar el capitalismo del campo. Trotsky declara que *«las mercancías deben utilizarse para satisfacer las necesidades humanas»* y los cálculos económicos necesarios para ello solo pueden realizarse bajo el mercado. No llama la atención que, partiendo de estas premisas, Trotsky llegue a la conclusión de que *«es necesario parar el segundo plan quinquenal»*. (p. 41)

En el XVII Congreso del partido, Stalin hace las siguientes observaciones sobre el programa trotskista:

«Siempre hemos dicho que los izquierdistas son en realidad derechistas que enmascaran su posición bajo fraseología de izquierdas. Ahora los izquierdistas confirman lo acertado de nuestras sospechas. Veamos los contenidos de la publicación trotskista «Boletín» durante el último año, veamos cuales son las propuestas de estos izquierdistas: Reclaman el desmantelamiento de las granjas estatales, alegando que no son rentables, el desmantelamiento de la mayoría de las granjas colectivas, alegando que son ficticias, abandonar la política de eliminación de los kulaks, revertir la política de concesiones y otorgar concesiones de empresas estatales a particulares, alegando que las empresas estatales no son rentables.

Ese es el programa de los traidores y derrotistas, de los contrarrevolucionarios que lo que pretenden es la vuelta del capitalismo a la URSS. ¿Qué diferencias hay entre este programa y el de la extrema derecha? Claramente, ninguna. Se deduce que los izquierdistas se han aliado con el programa de la derecha para formar un bloque con ellos en su lucha contra el partido». (Stalin, Obras Escogidas, Vol. 13, pp. 370)

Las obras de Trotsky, caldo de cultivo del imperialismo

Los economistas burgueses no han aprendido nada de la obra de Trotsky *«La economía soviética en peligro»* ya que en ella se repite lo que ya habían dicho una década antes economistas burgueses como Von Mises y Brutzkus, pero ha sido citado en numerosas ocasiones en la prensa burguesa para criticar el proceso de construcción del socialismo y les ha permitido recalcar su «objetividad» e «im-

parcialidad» y su dogma de que es imposible que la sociedad viva al margen del mercado, como lo acepta incluso un «viejo bolchevique» (Para un análisis más completo de este punto recomiendo la lectura del capítulo 11 de «Perestroika, el colapso total del revisionismo»)

Los discursos de Trotsky fueron citados regularmente por los fascismos alemán e italiano. «*Ved, amigos míos*» decía Goebbels a los socialistas y comunistas alemanes «*lo que dice Trotsky sobre el Estado soviético. No es un Estado socialista, sino un Estado dominado por la burocracia parásita que vive a costa del pueblo soviético*». (Ver apéndice 2) Esta clase de mensajes de la burguesía imperialista y fascista estaban destinados a destruir la confianza de la clase obrera de la URSS en sí mismos y su capacidad de construir una vida mejor. Estos pasajes de Trotsky aún hoy son citados por los enemigos del comunismo en el movimiento obrero y por los intelectuales pequeñoburgueses. El trotskismo ha tenido y continúa teniendo un importante papel en desarmar ideológicamente a la clase obrera.

Completamente al margen de la realidad, ignorando los progresos de la URSS en la construcción del socialismo, Trotsky continuó con sus predicciones de desastre y derrota de la burocracia stalinista -un eufemismo utilizado para desacreditar a la dirección leninista del partido y del Estado Soviético- en otras palabras, animando a la derrota de la dictadura del proletariado. En un artículo de octubre de 1933 Trotsky predijo la vuelta de Rusia al capitalismo si la «burocracia stalinista» se mantenía en el poder: «*El desarrollo de la burocracia dará lugar inevitablemente al cese del crecimiento económico y cultural y a una terrible crisis que sacudirá a toda la sociedad. Esta crisis no supondrá solamente el fin de la dictadura del proletariado sino también el fin de la dominación burocrática. En el lugar del Estado de los trabajadores no se desarrollará un Estado de «burocracia social» sino unas relaciones capitalistas*». (*La naturaleza de clase del Estado Soviético*)

En febrero de 1935 Trotsky predijo el colapso inevitable del régimen stalinista y su sustitución por un régimen fascista-capitalista contrarrevolucionario a no ser que «la vanguardia consciente del proletariado», es decir, los trotskistas contrarrevolucionarios que niegan la posibilidad de construir el socialismo y que trataron de obstaculizar por todos los medios la construcción del socialismo, atacando al Estado y al partido, negando los avances de la

industria, el arte, la agricultura y la tecnología soviética, y que acabaron aliándose con el fascismo internacional, rescatasen al pueblo soviético. Y al mismo tiempo nos dice que el Partido Bolchevique, que se mantuvo en el leninismo, que lucha por construir el socialismo en la URSS y se enfrenta con las dificultades internas y externas, es un régimen «bonapartista» que se dirigirá a la URSS hacia la contrarrevolución a no ser que los trotskistas, que se han etiquetado a sí mismos como vanguardia del proletariado, lo eviten. *«El colapso inevitable del régimen stalinista solamente dará paso al establecimiento de la democracia soviética si la destrucción del bonapartismo es encabezada por la vanguardia consciente del proletariado. En cualquier otro caso, en el lugar del stalinismo se alzará un régimen fascista-capitalista contrarrevolucionario».* (Trotsky, El Estado de los trabajadores, Thermidor y bonapartismo)

Trotsky admite los logros socialistas para ganar credibilidad

Al final del segundo plan quinquenal, solo un ciego podría no ver los gigantescos, heroicos e históricos avances realizados por la URSS. Incluso representantes de la intelectualidad burguesa se veían obligados a admitir los logros de la Unión Soviética, el único país con pleno empleo mientras el mundo capitalista estaba en recesión. Trotsky estaba peligrosamente desacreditado dada la abismal diferencia entre la realidad soviética y lo que él afirmaba en sus obras. Fue por ello que Trotsky se vio obligado a escribir sobre los logros de la URSS para ganar credibilidad y después reanudar sus ataques contra el régimen soviético. En su obra «La Revolución traicionada» (1933) escribe:

«Gigantescos avances en la industria, prometedores inicios en la agricultura, un crecimiento extraordinario en las ciudades industriales, un incremento en los niveles culturales y en las demandas culturales -estos son los resultados de la Revolución de Octubre.

El socialismo ha demostrado su capacidad para la victoria, no en los pasajes de «El Capital» sino en un área que comprende la sexta parte de la superficie terrestre- no en el campo de la dialéctica sino en del cemento, acero y electricidad... Un país atrasado ha alcanzado en diez años un éxito sin precedentes en la historia.

Estos hechos cierran el debate con los reformistas dentro del movimiento obrero, ya que sus pequeños esfuerzos no se pueden comparar con la energía titánica del pueblo soviético construyendo una vida mejor». (p. 16)

Es bastante curioso que, sin ninguna explicación, nos encontremos con que el «aparato burocrático» caracterizado por la «inerxia» y su «violento antagonismo a cualquier crítica» formado por «politiqueros profesionales que pretenden hacer carrera separados de la realidad y perdiendo apoyo entre las masas», debido a sus «tendencias contrarrevolucionarias», es ahora el responsable de haber construido y organizado «diez años de éxito sin igual en la historia».

Normalmente Trotsky pinta al pueblo soviético avasallado por la burocracia stalinista, resignado a su destino. Pero en algunas páginas de su libro, en las que contradice muchas de sus afirmaciones anteriores, describe el entusiasmo con el que la juventud soviética participa en las actividades económicas, culturales y artísticas:

«No hay duda de que la juventud es muy activa en la esfera económica. En la URSS hay 1,2 millones de jóvenes comunistas en las granjas colectivas. Cientos de miles de miembros de la Juventud Comunista han sido movilizados para trabajos de construcción, minería, serrería, minería de oro y carbón, trabajos en el ártico o en el Amur, donde se fundó la nueva ciudad de Komsomolsk. Las nuevas generaciones participan en brigadas de choque, son trabajadores aplicados, stajanovistas. La juventud estudia, y la mayoría estudia de manera aplicada. Participan en actividades deportivas y militares, como paracaidismo y navegación. Los emprendedores y audaces se embarcan en todo tipo de expediciones.

«Lo mejor de nuestra juventud» dijo hace poco Schmidt, el explorador de las áreas polares, es que está dispuesta a enfrentarse a las dificultades que les esperas. Esto es indudablemente cierto.

Sería una calumnia contra nuestra juventud afirmar que su actitud está determinada por su propio interés. No, en general son magnánimos, responsables y emprendedores. En ellos hay una vena heroica que espera el momento de aflorar, una vena de patriotismo soviético, indudablemente profunda, sincera y dinámica...». (Capítulo 7)

Más infames ataques contra el socialismo

Todo esto no fue, desgraciadamente, más que el prelude de una nueva retahíla de ataques contra el socialismo, de negación de los logros soviéticos y distorsión de los acontecimientos históricos. Tras haber sido forzado a admitir «las victorias del socialismo» y «10 años de éxito sin igual en la historia» Trotsky dedica el resto de

su libro a atacar oligofrénicamente a la URSS y a los líderes soviéticos. Nos dice que *«el estado soviético está más cerca del capitalismo que del socialismo»* (p. 22) y que, en vez de estar construyendo el socialismo, fase previa al comunismo, lo que construyen es *«un régimen preparatorio de la transición del capitalismo al socialismo»* (p. 52) y que el régimen soviético engendraba cada vez desigualdades mayores: *«las desigualdades en la URSS no son menores sino mayores que en los países capitalistas»* (p. 228) y que la industria estaba dominada por *«capataces de esclavos»* (p. 229) Para que este régimen de transición se desarrollase hacia el socialismo era necesaria *«una segunda revolución contra la burocracia absolutista»* (p. 272) porque *«esta burocracia solo será depuesta por la fuerza. Es esperable que, cuanto más decidido sea el ataque, se producirán menos víctimas»* (p. 271). Dado que los líderes soviéticos contaban con el apoyo de las masas, se puede afirmar que cuando Trotsky habla de una fuerza revolucionaria se refiere a actos de terrorismo contra la dirección del partido, conspiraciones militares, una intervención extranjera o una combinación de estos medios.

Vuelta a la teoría de la Revolución Permanente

En esta obra de Trotsky no falta la inevitable afirmación de que *«el avance hacia el socialismo depende de la previa victoria de la revolución en toda Europa»*. (p. 274) Es la vuelta a la teoría derrotista de la revolución permanente. Si se analiza el razonamiento de Trotsky, no está de más preguntarse para qué hacer la famosa revolución contra la «burocracia absolutista» si cualquiera que sea el resultado estará condenado a degenerar mientras no se consiga la revolución en el resto de Europa.

Esta obra también incluye otras joyas del pensamiento trotskista como una denuncia vehemente de cualquier intento de aumentar la productividad del trabajo. Trotsky ataca los sueldos diferenciales, los sueldos por piezas, los premios de emulación socialistas, etc., alegando que *«son una fuente de injusticias, de opresión e iniquidad para la mayoría y bienestar para la minoría»*. (pp. 244-245) Además de demagogia barata, esta afirmación demuestra que el autor falló estrepitosamente en su intento de comprender la esencia de la obra de Marx «Crítica al programa de Gotha», en la que Marx estudia, entre otras cosas, las normas de la distribución durante el socialismo y el comunismo. En las primeras fases del socialismo la distribución solo puede realizarse de acuerdo con la máxima «a ca-

da cual según su trabajo», una fórmula que «no termina con los defectos y las desigualdades en la distribución del «derecho burgués»». (Lenin, «Estado y Revolución»).

Equiparar el fascismo y el socialismo

Dejándose llevar por su odio visceral al Estado Soviético, por una subjetividad sin límites y por una falta de conocimiento de la realidad considerable, Trotsky dedica el capítulo 11 de su libro «La Revolución traicionada» a defender que *«el stalinismo y el fascismo... son fenómenos parecidos. En sus características muestran muchísimas similitudes»*. En el apéndice de este libro, Trotsky escribe *«...con la clase obrera y sus líderes entre la Inteligencia... nuestro grupo causará dudas y provocará desconfianzas, no en la revolución sino en los usurpadores. Pero esa es la meta que nos hemos marcado»*.

Trotsky predice la derrota de la URSS en la guerra

Trotsky, dejándose llevar por su egoísmo, su subjetivismo burgués y su fraccionalismo, siempre se refirió a los líderes leninistas del Partido Bolchevique como los «burócratas stalinistas», «usurpadores» y «totalitarios». Está claro que el objetivo de estas afirmaciones era convencer a los trabajadores del mundo de que el régimen soviético era parecido al fascismo y no merecía su apoyo ni su solidaridad. Esta actitud le llevó a desear la derrota del socialismo frente al fascismo en la guerra. En sus declaraciones antes de la Segunda Guerra Mundial predecía la derrota soviética: *«¿Podemos esperar que la URSS no salga derrotada de la guerra? Francamente, si la guerra se limita a ser eso, una simple guerra, la derrota militar de la URSS es inevitable. En el aspecto militar, económico y tecnológico el imperialismo es indudablemente más fuerte. Si una revolución en el oeste no lo evita, el imperialismo barrerá el régimen creado en la Revolución de Octubre»*. (La Revolución Traicionada, p. 216) ¿Y qué ocurriría si la URSS escapa al destino que le deparaba Trotsky en la guerra? La destrucción del Estado soviético ocurriría inevitablemente. Con o sin derrota militar, la URSS no sobreviviría a la guerra. *«la naturaleza prolongada de la guerra revivirá las contradicciones de la economía de transición de la URSS y su planificación burocrática. En el caso de una guerra prolongada acompañada por la pasividad del proletariado mundial, las contradicciones internas de la URSS darán lugar a una revolu-*

ción burguesa bonapartista». (La cuarta internacional y la guerra)

En 1940 Trotsky seguía prediciendo la derrota de la URSS frente a la Alemania nazi: *«Siempre hemos afirmado que la política exterior de la URSS estaba determinada por la nueva aristocracia del Kremlin, incapaz de dirigir una guerra... la clase dirigente ya no es capaz de pensar en el futuro. Su fórmula es la de todos los regímenes en decadencia: «tras nosotros la hecatombe». La guerra acabará con muchos individuos, ya que los trucos y las artimañas no servirán para escapar de su severo juicio. (Declaración a la prensa británica) «Stalin no puede llevar a cabo una guerra con trabajadores y campesinos descontentos y el ejército rojo decapitado» (sobre la alianza germano-soviética) el nivel de las fuerzas productivas de la URSS hace imposible llevar a cabo una guerra. La URSS no entra en la guerra en igualdad de condiciones armamentísticas. El factor subjetivo, no menos importante que el material, ha ido empeorando en los últimos años... Stalin no puede llevar a cabo ninguna ofensiva con esperanzas de éxito. Si la URSS entra en la guerra, con las innumerables víctimas y privaciones que ello supone, el pueblo ruso, que ya ha realizado tres revoluciones en este siglo, se alzarán contra el régimen fraudulento que los dirige. La guerra puede acabar con la burocracia del Kremlin antes de que la revolución triunfe en ningún país capitalista».* (Hitler-Stalin: Twin Stars)

Las predicciones de Trotsky, refutadas por la victoria épica de la URSS en la Segunda Guerra Mundial

Como de costumbre, y por suerte para el resto de la humanidad, las predicciones de Trotsky resultaron ser totalmente incorrectas. Tras los reveses iniciales en las primeras semanas de la guerra, causados por la iniciativa en la ofensiva de las tropas nazis, las defensas soviéticas se estabilizaron. Trotsky, como el resto del mundo capitalista, esperaba que la URSS cayera en solo unas semanas aplastada bajo la eficiente maquinaria de guerra nazi. El pueblo soviético y el Ejército Rojo, agrupados en torno al PCUS y a su líder Iósif Stalin, destruyeron el mito de la imbatibilidad del ejército nazi. Las victorias soviéticas en Moscú, Leningrado, Stalingrado y Kursk son recordadas no solo por los habitantes de la antigua URSS sino por toda la humanidad progresista.

«La batalla de Moscú fue un acontecimiento épico... En ella participaron más de dos millones de personas, 2.500 tanques, 1.800

aeronaves, 25.000 cañones. Las bajas fueron terribles. Para los rusos terminó en victoria, tras sufrir el impacto de la Blitzkrieg alemana fueron capaces de montar una contraofensiva muy efectiva con la que acabaron con el mito de la invencibilidad del ejército alemán». (Ian Grey, Stalin, Man of History, Abacus, p. 344)

La rendición el 23 de febrero en Stalingrado de Von Paulus y otros 23 generales dejó atónito al mundo. La victoria del Ejército Rojo en Stalingrado fue tan increíble como heroica. Las bajas nazis en el área Volga-Don-Stalingrado fueron un millón y medio de hombres, 3.500 tanques, 12.000 cañones y 3.000 aeronaves. La maquinaria de guerra nazi nunca había sufrido un revés como ese. A partir de ese momento las derrotas alemanas no acabaron hasta la entrada del Ejército Rojo en Berlín en abril de 1945. Cinco días después el Mariscal de campo Wilhelm Keitel, actuando en nombre del alto mando nazi, se rindió ante el Mariscal Zhúkov.

Stalin en la Gran Guerra Patria

El mérito de la victoria en la Segunda Guerra Mundial es del Ejército Rojo y del heroico pueblo soviético, pero la historia no está completa si no se narran las hazañas del Secretario General del PCUS, líder del pueblo soviético y comandante en jefe de las fuerzas soviéticas, Iósif Stalin. Incluso un renegado como Gorbachov, hablando de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial, se vio obligado a admitir que *«un factor importante de la victoria fue la tremenda voluntad política, persistencia, y habilidad para organizar y disciplinar a la gente de Iósif Stalin».* (Informe de la reunión del 70 aniversario de la Revolución de Octubre mantenida en Moscú, 2 de noviembre de 1987, p. 25)

Ian Grey, que es un escritor burgués pero honesto, dice al respecto: *«La magnitud de la ofensiva y el peligro directo sobre Moscú habrían acobardado a la mayoría de los hombres, pero el impacto que ejercieron sobre Stalin fue fortalecer su determinación de luchar. Ningún factor fue más importante para evitar que la nación se desintegrara en ese momento».* (Ibid. p. 335) *«Ciertamente fue una victoria de Stalin. La guerra no se podría haber ganado sin la industrialización y el desarrollo intensivo de la historia tras el Volga. La colectivización contribuyó a la victoria al permitir al gobierno acumular comida y recursos para evitar hambrunas en las ciudades y parálisis en la industria. La colectivización y la mecanización del campo, especialmente el uso de tractores, sirvió a los campesinos*

como entrenamiento en el uso de maquinaria similar a la maquinaria bélica». (Ibíd. P. 419) Ian Grey cita también a Isaac Deutscher, que es cualquier cosa menos un partidario de Stalin: «Las granjas colectivas fueron la escuela preparatoria de los campesinos para la guerra mecanizada... » e Ian Grey continúa «Fue también una victoria de Stalin en el sentido de que él dirigió y controló todos los aspectos de la guerra. La cantidad de decisiones que tomó y la responsabilidad con la que lo hizo fue impresionante: Día tras día durante cuatro años comandó las fuerzas rusas, controló los suministros, la industria de guerra, las políticas gubernamentales y las relaciones exteriores». (Ibíd. p. 419-420) y el autor concluye: «Fue su victoria principalmente porque sus esfuerzos fueron heroicos y titánicos. El pueblo soviético se volvió hacia él en busca de un líder en un momento de necesidad y él no les falló. En sus discursos del 3 de julio y el 6 de noviembre de 1941 Stalin advirtió al pueblo de las duras pruebas a las que la guerra les sometería, y su presencia en Moscú durante la gran batalla que se desarrolló en la ciudad demostraron su voluntad de vencer. Stalin fue su inspiración y les mostró la dirección correcta. Tuvo la capacidad de atender a cada detalle sin perder de vista el cuadro completo, de recordar el pasado mientras estaba inmerso en el presente, pero mirando siempre al futuro». (p. 424)

Deutscher, a pesar de ser tremendamente hostil hacia Stalin, describe así su papel durante la guerra: «Muchos visitantes aliados que pasaron por el Kremlin durante la guerra quedaron atónitos al ver cuantas cuestiones, grandes y pequeñas, militares, políticas y diplomáticas, eran atendidas por Stalin. Él fue, en la práctica, el comandante en Jefe de las fuerzas armadas soviéticas, ministro de defensa, encargado de los suministros, ministro de exteriores y encargado del protocolo. El Stavka, cuartel general de las fuerzas soviéticas, estaba instalado en sus oficinas en el Kremlin. La mesa de su despacho estaba en contacto directo con los comandantes de los distintos frentes y desde allí permanecía informado de la evolución de las distintas operaciones. Fue desde el escritorio de su despacho desde donde se organizó el traslado de fábricas y plantas del Volga, del oeste de Rusia y de Ucrania hacia los Urales y Siberia, una evacuación que no solo incluyó la maquinaria sino también a los trabajadores y sus familias. Entre una tarea y otra era capaz de regatear con Beaverbrook and Harriman sobre el precio del aluminio o sobre el calibre de los rifles o los cañones antiaéreos que los

aliados entregaban a los rusos, o recibía a los jefes de las guerrillas en Alemania y discutía con ellos las operaciones que había que llevar a cabo miles de kilómetros tras las líneas enemigas. Durante la batalla de Moscú, mientras miles de cañones nazis barrían las calles de la ciudad, Stalin fue capaz de comenzar contactos diplomáticos con el general polaco Sikorski que culminarían con el tratado ruso-polaco. Se reunía con los extranjeros tarde por la noche o temprano por la mañana. Tras un día lleno de informes militares, decisiones sobre las operaciones, la economía y cuestiones diplomáticas, se ponía a leer los últimos informes de los comisarios de asuntos exteriores o de la NKVD. Y así continuó, día tras día, durante los cuatro años que duraron las hostilidades, derrochando paciencia, tenacidad y capacidad, siendo prácticamente omnipresente e omnipotente». (Isaac Deutscher, Stalin, pp. 456 457) Y Deutscher continúa: «No hay duda de que Stalin fue el verdadero comandante en jefe de las tropas soviéticas. Su liderazgo no se limitaba a decisiones estratégicas como suele ocurrir cuando este cargo lo ostenta un civil. Mostró gran interés en los asuntos militares, hasta en los más mínimos detalles, y en el estudio de la guerra moderna. Consideraba la guerra principalmente desde el punto de vista de la logística... asegurar que la cantidad adecuada de personal, armas, municiones y otros suministros estuviesen en el momento adecuado en el lugar adecuado. Estas eran sus principales tareas». (Ibíd. p. 459)

Deutscher también desmiente el mito de la hostilidad popular hacia Stalin: «No puede imaginarse que la mayoría de la población soviética era hostil hacia Stalin. Si este hubiese sido el caso, ningún discurso patriótico ni la represión más cruel habría evitado el colapso de la URSS, tal y como Hitler esperaba. Las transformaciones económicas y sociales que había atravesado el país habían creado un sentimiento de unidad en la nación. La mayoría del pueblo estaba imbuido de un conocimiento del desarrollo económico y social que habían alcanzado, y estaba dispuesto a defenderlo de cualquier agresión...». (Ibíd. p. 437)

¿Dónde se quedan entonces todas las peroratas de Trotsky sobre «la incapacidad de la nueva aristocracia de conducir la guerra» y sobre el «descontento de los obreros y los campesinos y la incapacidad del ejército», que hacían imposible conducir una guerra, y la incapacidad de Stalin de «lanzar una ofensiva con esperanzas de victoria» y que la guerra destruiría a la «burocracia del Kremlin»?

Lejos de salir derrotado, la guerra fortaleció al régimen soviético. En vez de quedar destruida la URSS, fue la Alemania nazi la que quedó reducida a cenizas. La victoria de la Unión Soviética demostró lo acertado de las políticas de industrialización y colectivización, tan criticadas por los trotskistas y la burguesía.

«La apreciación del papel de Stalin no surge solo del papel desempeñado por éste durante la guerra, ya que la guerra no podría haberse ganado sin la industrialización intensiva de Rusia, especialmente de las zonas orientales, ni sin la colectivización del campo. Los campesinos de 1930, que nunca habían utilizado un tractor ni una máquina moderna, habrían sido de poca utilidad en la guerra. La colectivización, con sus estaciones de tractores, fue el entrenamiento de los campesinos para la guerra moderna. El incremento del nivel cultural de la población permitió que el Ejército Rojo tuviese suficientes hombres capacitados para realizar labores de inteligencia. Como dijo Stalin exactamente 10 años antes de que comenzara la invasión Alemana «Estamos cincuenta o cien años retrasados respecto a algunos países. O avanzamos considerablemente en los próximos 10 años o nos destruyen». Sus palabras, vistas en perspectiva, no dejan de ser una muestra de excelente visión y una urgente llamada a la acción para el pueblo soviético, ya que, efectivamente, unos años de retraso en la modernización de la URSS habrían supuesto la derrota en la guerra». (Deutscher, *Ibíd.* p. 535)

«El 24 de Junio de 1945 Stalin, desde el mausoleo de Lenin, narró la gloriosa victoria del Ejército Rojo en el cuarto aniversario de la invasión nazi. A su lado estaba el Mariscal Zhúkov, que tomó parte en las victorias de Moscú, Stalingrado y Berlín. El desfile fue dirigido por el general Rokossovski. Los regimientos marchaban, rodaban o galopaban sobre la Plaza Roja, bajo una lluvia torrencial, con estandartes de los derrotados nazis, que depositaron a los pies de Stalin, bajo el Mausoleo de Lenin.

Al día siguiente la ciudad de Moscú le mostró su agradecimiento por su dedicación y firmeza durante la batalla que allí tuvo lugar nombrándolo «héroe de la Unión Soviética» y «Generalísimo». (Deutscher, *Ibíd.* p. 534)

En «*estos días de triunfo y gloria*» continúa Deutscher «*Stalin recibió la gratitud y el reconocimiento del pueblo por su labor. Estos sentimientos fueron genuinos y espontáneos, no manipulados por los propagandistas. Los lemas sobre «los logros de la era de*

Stalin» adquirieron renovado sentido no solo para sus anteriores generaciones sino también para las nuevas generaciones y los anteriormente escépticos o descontentos...». (Ibíd. p. 534)

Al final de la guerra, la bancarrota del trotskismo era total, y no era más que una herramienta de agitación y propaganda de los imperialistas. Su papel quedó claro en la guerra de Corea, donde se posicionaron contra el pueblo coreano, las fuerzas de liberación nacional y el socialismo, apoyando la intervención liderada por EE.UU.

La guerra fría, respuesta del imperialismo a la victoria del socialismo

El éxito de la URSS en la colectivización del campo, la industrialización, la educación y la ciencia, la tecnología, la cultura, el constante aumento del nivel de vida de proletarios y campesinos y su gloriosa victoria contra la Alemania Nazi, que permitió la instauración de repúblicas populares en Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria y Albania dieron gran prestigio a la URSS entre los oprimidos del mundo. Este hecho preocupó terriblemente a la burguesía imperialista internacional, que fundó la OTAN, liderada por los EE.UU., ya que éstos emergieron de la guerra como potencia imperialista dominante.

Los señores de la guerra de la OTAN amenazaron a la URSS con el bloqueo económico y el chantaje nuclear, pero la URSS desafió al bloqueo y la amenaza militar y dirigió sus esfuerzos a romper el monopolio de los EE.UU. en armamento atómico. En Septiembre de 1949, en la misma semana que el camarada Mao Zedong proclamaba el triunfo de la revolución China, la URSS hizo su primera prueba nuclear. Incluso un trotskista como Deutscher, que no pierde oportunidad para criticar a Stalin, se ve obligado a admitir que *«Stalin alcanzó algunos de sus objetivos principales en este periodo. Resistió la presión de los países occidentales con suficiente firmeza como para evitar que los EE.UU. continuasen la guerra, extendiéndola hacia la URSS. La industria nuclear soviética progresó hasta que fabricaron su primera bomba de hidrógeno en 1953, poco después que los americanos. La economía alcanzó los niveles previos a la guerra en 1949 y durante los últimos años de Stalin la producción aumentó en un 50%. La modernización y la urbanización en la Unión Soviética se aceleraron. Sólo en los años 50 la población urbana aumentó 25 millones. Las escuelas y universidades atendían*

al doble de alumnos que antes de 1940». (Stalin, pp. 585-586) Unas páginas más adelante, Deutscher comenta: «... es un hecho que Stalin se hizo cargo de una Rusia de madera y la convirtió en una Rusia atómica... no se pueden pasar por alto sus logros». (Ibid. p 609) Los trotskistas argumentan que estos logros no se deben al liderazgo sino a la propiedad colectiva emanada de la Revolución de Octubre. Pero la verdad es que esos logros no se podrían haber logrado sin un liderazgo certero. Solamente hay que comparar los logros realizados bajo el liderazgo de Stalin, las políticas implementadas y sus consecuencias, con las políticas y los logros realizados bajo el liderazgo de la dirección que emanó del XX Congreso (1956) hasta Agosto de 1991, que resultaron en el colapso y desintegración de la URSS.

Incluso Roy Medvedev, en su libro anti-stalinista «Que juzgue la historia», tiene que admitir que *«Stalin heredó una URSS en la ruina y la convirtió en súper-potencia. Gorbachov heredó una URSS súper-potencia y la llevó a la ruina».*

El triunfo del revisionismo de Jruschov y la resurrección del trotskismo

Debido a los grandes logros alcanzados por el gobierno soviético en la continuación abnegada de las políticas leninistas, el pueblo soviético aprendió a despreciar los ataques del trotskismo contra la URSS, pero esto cambió con el triunfo del revisionismo de Jruschov en el PCUS tras la muerte de Stalin. El revisionismo no podía atacar las bases del socialismo en la URSS, llegar a acuerdos con el imperialismo y tomar la senda de regreso al capitalismo sino destruía la memoria de la persona que, tras la muerte de Lenin, había ahondado en el programa leninista, mediante la industrialización y la colectivización, y en URSS, Iósif Stalin. Esa es la razón de que Jruschov atacase a Stalin en su informe secreto al XX Congreso del PCUS. En este informe alegaba culto a la personalidad, y mientras abogaba por la vuelta a la normalidad leninista, inició una serie de reformas que culminaron con la vuelta al capitalismo con Gorbachov. Aquí no voy a analizar con profundidad este tema, por ya haberlo analizado en mi libro «Perestroika, el colapso total del revisionismo».

El ataque de Jruschov a la figura de Stalin dio cierta credibilidad a las mentiras trotskistas sobre la URSS, ya que bajo la nueva dirección la URSS empezó realmente a degenerar, como habían predicho los trotskistas treinta años antes.

El trotskismo apoya todos los movimientos contrarrevolucionarios

Tras el triunfo del revisionismo en el XX congreso del PCUS y bajo su estímulo directo, las tendencias burguesas y nacionalistas de los partidos de los trabajadores, actuando en colaboración estrecha con las agencias de inteligencia de los países occidentales, sus medios de propaganda y la Iglesia, llegaron al poder en algunas repúblicas democráticas. En algunos lugares, como por ejemplo Hungría, esto dio lugar a alzamientos contrarrevolucionarios. En cada uno de estos ataques contra el estado de los trabajadores, los trotskistas tomaron, como era de esperar, el lado de la burguesía, del imperialismo, del clero, del fascismo y de la reacción. En el XI congreso mundial de trotskistas rindieron homenaje a la contrarrevolución húngara liderada por la CIA y el Vaticano: *«La revolución húngara de 1956 fue claramente en la dirección de la revolución política anti-burocrática»*. (Imprecor, Nov. 1979)

James Burnham, conocido trotskista norteamericano, y punto de referencia del trotskismo internacional durante los años 40, apoyaba durante los 50 la política estadounidense de «liberar a las naciones cautivas», es decir, desestabilizar a las democracias populares.

El trotskismo y la contrarrevolución checoslovaca

Cuando los revisionistas checoslovacos, bajo el liderazgo de Dubcek, impacientes debido a la lentitud con la que se implementaban las medidas para volver al capitalismo e instalar una democracia multipartidista en Checoslovaquia, comenzaron la «primavera de Praga», declararon eufemísticamente que su intención era «liberar al marxismo de las distorsiones stalinistas y reformular la vocación humanista del movimiento comunista». El significado de estos lemas aparentemente atractivos quedó claro cuando en 1989 se liquidó a los partidos comunistas de Polonia y Hungría y se desmanteló el control sobre la producción, avanzando hacia la anarquía del mercado y la democracia multipartidista y cuando el apoyo que habían recibido del imperialismo y de su brazo espiritual, el Vaticano, era ya patente. Entonces Dubcek, en una carta a la dirección del partido, les pidió que no condenasen estas medidas. Lo mismo pedía su colega Juri Pelikan, que defendía «el movimiento democrático en el este de Europa, desarrollando un diálogo con el movimiento solidaridad en Polonia, con el foro democrático en Hungría, con Char-

ter 77 en Checoslovaquia...» es decir, con las fuerzas de la restauración del capitalismo. Y a partir de ahí, de 1968 en adelante, los trotskistas siempre estuvieron del lado de la contrarrevolución.

El trotskista Petr Uhl, fue uno miembros más activos del grupo anticomunista Charter 77. El 15 de octubre de 1988 Charter 77 y otros grupos de oposición firmaron el manifiesto por las libertades civiles, que pedía, entre otras cosas, pluralismo económico y político, liberar a los negocios de la burocracia central, restablecer la iniciativa privada en el comercio, la industria y la pequeña y mediana empresa, la reintegración de la economía checa en la economía natural mundial, basada en la división internacional del trabajo... , es decir, la restauración del capitalismo y del gobierno de la burguesía. Uhl declaró su adhesión al manifiesto, aunque no se dignó a firmarlo por considerarlo excesivamente «liberal» y «totalitario». En vez de desmarcarse completamente de este manifiesto, lo apoyó ya que daba a los trabajadores el derecho a controlar las grandes empresas, de esa forma que abunda entre las democracias burguesas que se ven obligadas a hacer concesiones al proletariado. Tras el triunfo de la contrarrevolución y la implementación de las medidas contempladas en el manifiesto, Uhl reflexiona: «*Puede plantearse hasta qué punto las teorías políticas de Trotsky han sido confirmadas. Yo creo que en Checoslovaquia es donde más cerca se ha estado jamás de su realización*». Y continúa explayándose sobre esta «revolución política» y sobre la composición de esta coalición anticomunista «*mientras la gente pueda decir que está en contra del comunismo y de la burocracia stalinista, estamos todos de acuerdo*». (Imprecor, no 304, 1990 p. 26) «*Algunos, entre los que yo me encontraba, vieron en Charter 77 una oportunidad de acercarse a la revolución; otros veían una oportunidad de extender la palabra de Cristo... Fue realmente un laboratorio de tolerancia*». (Imprecor, no 300, 1990, p. 8)

El camarada Ludo Martens, Secretario del Partido del trabajo de Bélgica (PTB) en su obra «La contrarrevolución de terciopelo», que recomiendo a cualquiera que quiera tener una visión objetiva de estos eventos, escribe al respecto: «*Para derribar y destruir al socialismo, ya sea un socialismo vigoroso o un socialismo decadente y enfermo, el fascismo clerical, los nacionalistas reaccionarios, los agentes de la CIA y los socialdemócratas, todos juntos mostraron una gran tolerancia hacia aquellos supuestos socialistas que adornaban su agitación con citas de Trotsky*» sobre la supuesta lucha

contra la burocracia stalinista de la revolución, que realmente resultó no ser más que una nueva expresión, adornada con verborrea izquierdista, de la restauración del capitalismo. ¡Así alcanza el trotskismo su ansiada revolución contra la burocracia stalinista!

El trotskista belga Ernest Mandel dio la bienvenida a los acontecimientos del 12 de Enero de 1990 por considerarlos «*el acceso de cientos de millones de hombres y mujeres de los países del Este a la vida política*». (Imprecor, no 300, 1990 p. 8) El significado de esta descerebrada afirmación quedó claro apenas diez meses más tarde, cuando tuvieron que reconocer que «según Petr Uhl solo hay unos pocos miles, o quizá unos pocos cientos de militantes del foro cívico a niveles regionales y locales». «El movimiento estudiantil, que fue muy activo en los eventos de Noviembre de 1989, ha desaparecido» en Checoslovaquia, el «acceso a la vida política» al que Mandel se refería tan líricamente, ocurrió mientras las masas seguían los dictados del foro cívico, claramente contrarrevolucionario y dirigido por Havel, conocido agente de la CIA. Sobre este tema Pavel Pechacek, de la sección checa de la famosa Radio Europa Libre, financiada por la CIA, afirma que «nosotros siempre jugamos un papel importante. Según el líder de las revueltas estudiantiles en Bratislava, fue Radio Europa Libre la que encendió la llama. Siempre tuvimos estrechos contactos con Havel, Carnogurski y Dienstbeir, que hoy son miembros del gobierno, y durante años trabajaron para nosotros como corresponsales independientes».

Esta fue la gente -los Havels y los Pechaceks- que «llevaron a las masas a la vida política» checoslovaca. Con pleno conocimiento de que el foro cívico luchaba por la vuelta al capitalismo, que Václav Klaus, presidente del foro desde octubre de 1990 y principal consejero de Havel, era un admirador de Milton Friedman y Hayek, los dos economistas burgueses más admirados por Reagan y Thatcher, y su compromiso con la «economía de mercado» -sabiendo todo esto Mandel declaró a un periódico financiero Belga el 21 de Marzo de 1990 que «*la transición al modelo occidental es posible, pero no es el caso en la URSS ni en Checoslovaquia*». (The Financieel Economische Tijd, 21/03/90)

Sabiendo todo esto, ¿cómo es posible que los trotskistas se aliaran con el foro cívico? La respuesta es su odio visceral hacia el socialismo y el comunismo. El propio Uhl llegó a confesar que su colaboración con el foro cívico y con Havel estuvo motivada por su deseo de deshacerse de los restos del sistema socialista. Tras varios

sobresaltos y convulsiones mentales, el trotskista Uhl se ganó un bonito puesto en Febrero de 1990 como jefe de la sección de prensa de Checoslovaquia, desde donde podía esparcir a su antojo sus mentiras sobre las maravillas de la restauración del capitalismo y sobre el acceso a la vida política que ésta permitía. De pedir el control obrero Uhl pasó sin dificultad a informar a las masas de que el Estado checo representaba justamente a la sociedad: *«Se entiende que, si dependemos del Estado, apoyamos a su gobierno, lo cual no es siempre exacto. Debemos respetar al gobierno, y si hay un conflicto, debe ser una comisión parlamentaria la que tome la decisión, porque el parlamento representa al Estado mejor que el gobierno. Nuestra tarea es propagar las noticias sobre la sociedad checa en el extranjero. Esta tarea corresponde al Estado porque es el que mejor representa a la sociedad en este momento»*. (Imprecor no. 304, 1990 p. 27). En esta sarta de tonterías se puede observar el cretinismo parlamentario de la peor ralea, según el cual el parlamento checo y el Estado burgués checo son sinónimos, y por lo tanto, según este estúpido trotskista, el Estado que mejor representa a la sociedad, y nuestra tarea es «dar a conocer las noticias sobre la sociedad checa». Así se resume la tan coreada revolución política anti-burocrática de los trotskistas. No podría estar más claro.

Mandel y Broué defienden la contrarrevolución

El trotskista belga Mandel, conocido por su anti-marxismo y su economismo vulgar, defendió por más de dos décadas que sin una contrarrevolución violenta el capitalismo no se podría haber restaurado en los países socialistas. Según su razonamiento, el socialismo no se hallaba amenazado más que por el peligro de la burocracia, que debía ser combatida por un sistema multipartidista que diera al socialismo un carácter más democrático. A finales de 1989, sobre el movimiento contrarrevolucionario en Timisoara, que terminó con el asesinato de Ceausescu y su mujer, Helena, Mandel fue aun más lejos que los medios de propaganda occidentales, denunciando los horribles crímenes stalinistas de Timisoara, que finalmente se descubrió que no habían tenido lugar. La prensa imperialista hablaba de 70.000 a 100.000 muertos, de fosas comunes y otras fantasías que resultaron ser completamente inventadas. La verdad, que la mayoría de los 700 muertos reales fueron asesinados por el ejército, no por la «Securitate», no fue revelada hasta más tarde en pequeñas columnas de las páginas interiores de los diarios.

Sobre el movimiento contrarrevolucionario en la RDA, Mandel escribe «*Disfruto viendo lo que ocurre en Berlín. El movimiento anti-socialista es realmente débil*». Dio la bienvenida a la contrarrevolución llegando a afirmar que «*Todo lo que Trotsky siempre deseó puede convertirse ahora en realidad*». (Dans Humo, 21/12/89) ¡¡En los círculos trotskistas, así como en los imperialistas y burgueses, Gorbachov, Yeltsin y Trotsky son considerados revolucionarios, mientras que Stalin y los bolcheviques son reaccionarios!!

Merece la pena reproducir los puntos de vista de Mandel, considerado uno de los teóricos de la IV internacional, sobre el programa de restauración del capitalismo diseñado por Gorbachov. En una entrevista con un periodista del New Times, se le preguntó «*¿No es cierto que Mijaíl Gorbachov define la Perestroika como una revolución?*» a lo que Mandel contesta «*sí, así es, y esto es muy positivo. Nuestro movimiento defendió esto durante 59 años y era caracterizado de contrarrevolucionario. Hoy la gente de la URSS y gran parte del movimiento comunista internacional se están dando cuenta de quienes eran los contrarrevolucionarios*». (No. 38, 1990, edición francesa)

En el mismo diario Belga que ya he citado, Mandel se posiciona sobre esta cuestión diciendo que «*el reformista Yeltsin defiende la tendencia que propone reducir el tamaño del Estado. Por lo tanto puede afirmarse que sigue las huellas de Trotsky*». (21 de marzo de 1990) Estas fantásticas declaraciones del trotskista Mandel, que le agradecemos de corazón, nos facilitan considerablemente el trabajo de denunciar al trotskismo como una ideología antirrevolucionaria, anti-comunista y anti-bolchevique. Por una vez Mandel tiene toda la razón: Gorbachov, Yeltsin y Trotsky tienen la misma fisonomía política: Los tres defienden la restauración del capitalismo. Mandel había caracterizado con anterioridad al monárquico reaccionario lituano Skharov como un miembro de la «*izquierda radical*» y al movimiento burgués nacionalista de Lituania Sajudis como parte de «*la democracia nacionalista popular*». (Imprecor, no. 285, 3 de Abril de 1989)

Todos los trotskistas sin excepción se alinearon a favor del movimiento contrarrevolucionario de la CIA y el Vaticano «Solidaridad» de Polonia, aplaudiendo su ascenso al poder, en nombre de la lucha trotskista contra la burocracia estalinista.

El trotskista francés Broué, del que ya hemos hablado ante-

riormente, celebra los movimientos contrarrevolucionarios en Europa del este, y atribuye correctamente a Trotsky parte de la inspiración ideológica de estos movimientos:

«Las peticiones de estos movimientos de obreros y jóvenes son las mismas que las defendidas por Trotsky en su programa de «revolución política»: democracia, libertad de partidos, destrucción de la burocracia estatal, sindicatos «libres», libertad electoral y de crítica, final de los crímenes contra los derechos humanos, castigo a los responsables de estos crímenes, derechos de reunión, manifestación, y la creación de una prensa libre, y por tanto estimulante». (op. cit. p. 943)

Los trotskistas norteamericanos de la ICL defienden sofisticadamente la contrarrevolución

La correcta y cándida presentación de Mandel y Broué sobre la «revolución política» trotskista contra la «burocracia estalinista» no gusta, como era de esperar, a los espartaquistas de la ICL, que pretenden presentar una versión saneada del trotskismo para ganar alguna credibilidad frente a los trabajadores progresistas, pudiendo así hacer una propaganda más efectiva del trotskismo contrarrevolucionario y de la teoría de la desesperanza permanente. Es por eso que se rebelan contra las sencillas y directas explicaciones de Broué y Mandel.

¿Cuál es la posición de la ICL? Para un observador poco precavido puede parecer que defienden los avances del socialismo, la construcción del socialismo y el Estado de los trabajadores, pero este no es el caso. La ICL no se cansa de denunciar los regímenes socialistas, especialmente la URSS de 1923 a 1953, calificándola de burocrática y defendiendo su derrocamiento por una «revolución política». En determinados momentos en los que bajan la guardia y se les cae la máscara se puede apreciar la esencia contrarrevolucionaria del pensamiento trotskista. En un artículo de Noviembre de 1922, con el único propósito de presentar una versión saneada del trotskismo, la verdad sale a la luz: *«La idea de que el socialismo se pueda construir en un solo país, (en uno atrasado además) rodeado de enemigos imperialistas, es una perversión del marxismo. El dogma stalinista del «socialismo en un solo país» nació tras la derrota del internacionalismo leninista por la burocracia estatal soviética».*

¿Es la idea del socialismo en un solo país realmente una perversión

sión nacionalista del marxismo, un dogma estalinista nacido tras la sustitución del internacionalismo leninista a manos de los burócratas? Y si lo que dicen es cierto, ¿por qué defienden ellos el producto de esta perversión nacionalista? Solamente hay que plantearles esta última pregunta a los espartaquistas de la ICL para que se derrumbe toda su argumentación. ¿Es que los miembros de la ICL son tan desconocedores del marxismo que no saben que la idea del socialismo en un solo país no es de Stalin sino de Lenin? No deberían ser tan ignorantes, ya que claman ser leninistas como su mentor; Trotsky. Dejémosles leer el artículo de Lenin de 1916 «Programa militar de la revolución proletaria» y su artículo sobre la cooperación de principios de 1923, justo mientras Trotsky redactaba su panfleto contrarrevolucionario «Nuevo curso». Que los señores de la ICL analicen las siguientes líneas del discurso de Lenin el 20 de Noviembre de 1922 al soviet de Moscú: *«Nos acercamos al eje de nuestros problemas diarios, y eso es un logro. El socialismo ya no es cosa del futuro distante, o una imagen abstracta, o un icono. Hemos llevado el socialismo a la vida diaria y es ahí donde debemos ver cómo resulta. Esta es la tarea de nuestros días, de nuestra época. Permittedme concluir declarando mi confianza en que, a pesar de lo difícil de la tarea, lo diferente que es a nuestras tareas previas y las numerosas dificultades que presenta, seremos capaces entre todos -no en un día, sino en unos pocos años- de hacer el esfuerzo para que la Rusia de la NEP se convierta en una Rusia socialista».* (V.I. Lenin, Collected Works, Vol. 33 p 443, énfasis añadido)

A partir de aquí, si los señores de la ICL son consecuentes, acusarán a Lenin y no a Stalin de haber inventado ese «dogma», «perversión nacionalista», del socialismo en un solo país.

Los trotskistas del SWP celebran la caída del bloque socialista

La mayor organización trotskista británica, el Partido de los Trabajadores Socialistas (Socialist Workers Party, SWP) han celebrado cada movimiento contrarrevolucionario en la Europa del Este desde el alzamiento del grupo Solidaridad inspirado por la CIA y el Vaticano y destinado a restaurar el capitalismo, pasando por el Foro Cívico en Checoslovaquia, a la desintegración de la Unión Soviética. En su órgano de expresión «Socialist Worker» titularon el 31 de Agosto de 1991, llenos de regocijo: *«El comunismo ha colapsado. Ahora luchemos por el socialismo real»* y continuaban aplaudiendo

el derribo de las estatuas de «*antiguos héroes del partido*», considerando oportuno incluso adornarlo con una fotografía de la estatua de Lenin en desplomada y anunciando «*el comunismo ha colapsado... es un hecho que debe llenar de regocijo a todos los socialistas*». El SWP llegó a afirmar que la victoria de Yeltsin había «*acercado a los trabajadores rusos al espíritu de la revolución socialista de 1917, en vez de alejarlos de ese espíritu*».

Bien, desde la caída del muro de Berlín el 9 de Noviembre de 1989, ¿Qué nos ha traído la caída del comunismo y la lucha por el «socialismo real»? Justamente lo que el imperialismo había deseado durante décadas. Justamente lo que cualquier observador imparcial, no imbuido por odios anticomunistas, habría esperado. Las fuerzas del mercado han sido liberadas entre las desgraciadas gentes de Europa del Este y la antigua URSS. El desempleo, la destrucción de medios de producción, la inflación catastróficamente alta, las luchas nacionalistas, el racismo creciente, antisemitismo y fascismo, crimen, prostitución, tráfico de drogas, mercado negro y miseria. El precio de cosas básicas como la comida, la vivienda, la electricidad o las prendas de vestir ha subido alarmantemente. En otras palabras, han ocurrido todos los acontecimientos previsibles tras la implementación de la «libertad» de mercado y la revolución trotskista contra la «burocracia stalinista».

En la antigua RDA la economía cayó un 20% entre 1990 y 1991 cuando empresas enteras fueron cerradas. En la primera mitad de 1991 la producción cayó un 40% y en la segunda mitad cayó otro 40%. En la primavera de 1991 una tercera parte de los trabajadores de la RDA habían perdido sus empleos o pasado a la temporalidad. De 270.000 desempleados en Julio de 1990 se pasó a 1,5 millones en 1992.

En Polonia 2 millones de trabajadores, el 15% de la fuerza de trabajo, perdieron sus empleos, y mientras que el costo de la vida subió un 40% el salario real cayó un 30%.

El cuadro es el mismo en Hungría y Checoslovaquia, donde la producción industrial se redujo una quinta parte.

En la URSS, que tenía una gran capacidad productiva antes de 1985, la producción industrial cayó un 40% desde entonces, la inflación alcanzó el 2.500%, la moneda está tremendamente devaluada: solía valer más que el dólar, y ahora tiene un cambio de 800 rublos por dólar (Marzo 1993)

El mismo SWP que estaba satisfecho con la «muerte del comu-

nismo» y con el comienzo de la lucha por el socialismo «real», dos años después y como almas cándidas se vieron obligados a admitir que los cambios estaban perjudicando gravemente a la clase obrera. En el «Socialist Worker» del 9 de Noviembre de 1991 escriben *«Riqueza, libertad y, democracia eran, según los medios de comunicación, el futuro que le esperaba a la RDA y el resto de los países en los que se expulsó a los gobernantes stalinistas. Dos años más tarde esos mismos políticos, analistas y periodistas guardan silencio. Ninguna de sus predicciones se ha materializado ni parece estar en camino de realizarse... La economía no ha traído prosperidad, sino aumentado la miseria».*

Al contrario. Todas y cada una de las predicciones de la burguesía internacional y sus medios de comunicación ocurrieron. El capitalismo fue restaurado, y todo el mundo sabe (incluso los trotskistas que lo enmascaran tras palabras como revolución anti-burocrática y anti-stalinista) que genera concentración de riqueza en una minoría y de miseria en la mayoría. El proceso de restauración del capitalismo solo puede ocurrir con medidas que necesariamente perjudiquen gravemente a la clase obrera. La demolición de la planificación central y la introducción de la propiedad privada sobre los medios de producción no pueden sino expresarse mediante shocks, saltos y crisis que golpean y hieren a la clase obrera de las antiguas repúblicas soviéticas.

Los ideólogos del SWP deberían, si tuviesen el más mínimo espíritu socialista o la más mínima decencia, al menos guardar silencio, ya que fueron sus «queridas» Lech Walesa y su Solidaridad en Polonia, Havel y su Foro Cívico en la República Checa, Yeltsin en Rusia, etc.; todos ellos líder de la «revolución anti-burocrática» trotskista, los que introdujeron las maravillas de la democracia y el libre mercado. Pero en vez de mantenerse callados, el Socialist Worker, tras haber resumido los resultados de la introducción del mercado en los países de la Europa del Este, no escribe en absoluto una crítica:

«A pesar de la miseria generada en Alemania del Este y Polonia, el presidente Boris Yeltsin propone un programa de rápidas reformas entre las que se encuentran las privatizaciones masivas y el final de los subsidios sobre la comida y la vivienda».

Pero no parece que esto les satisfaga, ya que según su punto de vista los regímenes burgueses no han sido suficientemente contundentes a la hora de destruir los instrumentos e instituciones socialis-

tas: *«Y no pasa una semana sin que se den muestras de que la odiada STASI, la Securitate y la AVO húngara, así como otras organizaciones en las que se apoyaban los regímenes stalinistas, aún no han sido debidamente disueltas».*

La frase anterior muestra que los trotskistas reservan su odio más feroz contra el socialismo, no contra los nuevos regímenes capitalistas, y también que no cesan en su intento de convencer a las gentes de que los sistemas de Europa del Este eran «stalinistas».

En el prefacio de mi libro «Perestroika, el colapso completo del revisionismo», refiriéndome a trotskistas, socialdemócratas y revisionistas en general, hago notar que «estos personajes, particularmente los trotskistas, se frotan las manos delirantes con el colapso de lo que ellos denominaban «stalinismo» en Europa del Este y en la antigua URSS. Todo lo contrario. Lo sucedido fue la derrota del revisionismo y su inevitable degeneración en capitalismo. En la época de Stalin, durante la cual el PCUS actuaba conforme a los métodos y objetivos leninistas, se alcanzaron metas históricas en todos los frentes económico, cultural, social, internacional y militar, y es por esto por lo que Stalin es el objetivo de los ataques de la burguesía y sus mercenarios. Lo que se colapsó fue el revisionismo posterior, aunque los trotskistas se empeñen en maquillarlo con el adjetivo «stalinismo», término que utilizan más como una descalificación que como una caracterización de unas determinadas políticas, ya que los dirigentes de la Europa Oriental que se colapsó compartían con los trotskistas ese odio hacia la figura de Stalin.

Es en la frase final del Socialist Worker donde los trotskistas del SWP terminan por definirse claramente: *«Lo que escribíamos en el Socialist Worker de Noviembre de 1989 es igualmente cierto hoy en día: Lo realmente maravilloso de los movimientos en Europa del Este es que abren los caminos hacia una sociedad más justa, libre y democrática que las que hoy existen a Este y a Oeste».*

Es decir, que lo maravilloso es que se ha sustituido a los Estados socialistas por regímenes burgueses y libertad de mercado, provocando las consecuencias que ellos mismos se ven obligados a reconocer en ese mismo número del semanario.

El mismo Socialist Workers Party que Agosto de 1991 se congratulaba por la victoria de Yeltsin, afirmando que *«acercaba a los trabajadores rusos al espíritu de la revolución de 1917»* expresa ahora, en la columna del camaleónico John Molyneux que *«es precisamente la naturaleza anti-clase obrera de las reformas de mer-*

cado de Yeltsin lo que hace que aspire a poderes dictatoriales para poder imponerlas. Por lo tanto, ningún socialista debe apoyar a Yeltsin». (Socialist Worker, 10 de Abril de 1993, «Rusia, debemos posicionarnos?»)

¡¡¡Esa es la lógica de los contrarrevolucionarios del SWP: Apoyar a Yeltsin en Agosto de 1991 porque su llegada al poder acerca al proletariado ruso al espíritu de la revolución de 1917 y oponerse a él en 1993 porque pretende realizar el mismo programa que había planteado ya en 1991, cuando los SWP le apoyaban elocuentemente!!!

Nada puede ser más revelador sobre la naturaleza socialdemócrata del SWP que el hecho de que en el Socialist Worker expresaran su desasosiego y su «depresión postelectoral» tras la cuarta bajada consecutiva del Partido Laborista, «los resultados son un desastre para todos los que queremos una sociedad mejor» decían.

La defensa decidida del capitalismo que realiza el SWP lleva incluso a los espartaquistas de la ICL, a pesar de ser también trotskistas y contrarrevolucionarios, a hacer estas observaciones: «*Una organización [el SWP- HB] que considera que la victoria de Yeltsin es un hecho del que todo socialista debe regocijarse, sabiendo que esta traería, como ha traído, pobreza, desempleo y miseria a las masas de la antigua URSS y pretende hacer que sea causa de pesar para los socialistas la derrota del traidor laborista Neil Kinnock, es una organización ha perdido claramente el rumbo...*». (Workers Hammer, Julio / agosto 1993) Más adelante en el mismo artículo, continúan “La contrarrevolución capitalista en los países de Europa del Este y en la URSS ha significado miseria para los trabajadores de estos países y fue el caldo de cultivo para guerras nacionalistas fratricidas. En toda Europa vuelven a verse signos de fascismo, antisemitismo y ataques contra los derechos de las mujeres. Ahora que su lucha contra el rival soviético no limita su rivalidad, las burguesías nacionales diseñan nuevas medidas con las que aumentar la explotación de los trabajadores para sacar ventaja en la competencia internacional, y al mismo tiempo lanzan campañas con el objetivo de convencer a los oprimidos del mundo de que como «el comunismo está muerto» no hay alternativa posible al capitalismo.

El SWP se presenta como una organización combativa, de lucha, alternativa al sistema. Si hubiese alguna justicia en este mundo, estos renegados de tercera clase no se atreverían a salir a la calle de la vergüenza. Desde Polonia a Alemania del Este a Moscú, siempre

estuvieron entre las más entusiastas animadoras de las fuerzas de la contrarrevolución que ahora devastan Europa del Este y la ex-Unión Soviética. Mientras gran parte de la izquierda guardaba un cómplice silencio, el SWP no solo apoyó todos los movimientos contrarrevolucionarios, sino que los presentó como un modelo a seguir de revolución anti-stalinista.

Tras la retirada soviética de Afganistán, por ejemplo, el Socialist Worker dio la bienvenida a los Muyahidín financiados por la CIA, que ahora están ahogando en sangre cualquier intento de progreso en el país (Ibíd.)

El SWP puede estar organizado de manera independiente, pero en términos de programa y de fisonomía política e ideológica son indistinguibles del Partido Laborista, como todas las organizaciones trotskistas, que no son más que la rama anticomunista militante de la socialdemocracia.

La hipocresía del SWP al declararse contra los laboristas en algunas cuestiones es expuesta por otro trotskista, Sean Matgamna, que en el Organizador Socialista del 19 de Noviembre de 1992: *«En las elecciones generales de 1979 el SWP, declarándose la «alternativa socialista» al Partido Laborista, declinó el presentar candidaturas, apoyando al LP. El propio Foot, representante del SWP ante los medios de comunicación, declaró en una entrevista al London Evening Standard que, para expresar el dualismo del SWP podía mencionar que «en las tres próximas semanas seré un partidario leal de los laboristas. Como no quiero un gobierno conservador, iré a todas las reuniones pidiendo el voto para los laboristas». Mr. Matgamna llega a la conclusión de que «en su papel de embajador del SWP ante los medios de comunicación y ante la burguesía, Foot a menudo deja ver el verdadero rostro de las políticas del*

SWP, sin enmascararlas con fraseología izquierdista». Es por lo tanto una persona a la que conviene tener cerca y escuchar».

Los healistas perciben la línea trotskista en la Perestroika y le dan la bienvenida

El trotskista de la Socialist Labour Ligue (SLL) Gerry Healy, que recibe fondos de una gran variedad de fuentes, desde los países árabes hasta la CIA, por su devoción a la causa del anticomunismo, dio la bienvenida a la perestroika y a la glasnost por considerarlas «la revolución política que restaura las perspectivas revolucionarias bolcheviques». Desde el colapso de la URSS, los healistas, del au-

todenominado Partido Marxista, han intentado distorsionar la historia y el desarrollo de la URSS, alegando que Lenin se equivocaba y desenterrando las denuncias de Rosa Luxemburgo a Lenin cuando dijo que aspiraba a una «subordinación ciega» a «una élite intelectual hambrienta de poder» mediante el excesivo centralismo.

Cuando se ve el verdadero carácter de la «revolución política» que defendían los trotskistas, tras la creación de Estados burgueses donde antes había repúblicas populares socialistas, los trotskistas no saben cómo justificarse. Los northistas y los torrancistas, rivales dentro del haelismo, hacen todo tipo de maniobras para intentar resolver este problema. Los northistas le pasan la «patata caliente» al propio Trotsky, diciendo que se equivocaba cuando decía que había posibilidad de hacer una revolución, cuando «lo que fue destruido entre 1936 y 1940 no fueron solo las flores del marxismo, sino sus raíces. No le quitamos la razón a la obra de Trotsky si puntualizamos que mientras escribía sus denuncias sobre los juicios de Moscú, no tenía manera de saber el baño de sangre que se estaba llevando a cabo en la URSS».

Esto puede significar dos cosas: o bien el socialismo dejó de existir en la URSS y se restauró el capitalismo en la década de los 30, en cuyo caso Trotsky debería haber denunciado a la URSS bastante más vehementemente de lo que lo hizo, o puede querer decir que continuó existiendo un Estado socialista, aunque fuese uno distorsionado, pero que la «vanguardia» que iba a «salvar a la URSS de la burocracia» mediante la famosa «revolución política» quedó destruida por los juicios de Moscú. Si este hubiese sido el caso, se deduce que Trotsky empujó a sus seguidores a restaurar el capitalismo con la teoría de la «revolución política». Debido a su odio antisoviético, los northistas hacen afirmaciones completamente derrotistas y confusionistas, hablando de la historia de la URSS como un todo homogéneo: «podemos decir que se ha cerrado un periodo histórico abierto en 1917».

Sus rivales, los torrancistas del Workers Revolutionary Party (WRP) se sienten avergonzados por la explicación de los northistas. En un intento de disipar las dudas sobre la teoría de la revolución permanente de su idolatrado Trotsky, los torrancistas siguen los pasos de Mandel, intentando convencer a los trabajadores de que los movimientos contrarrevolucionarios que tomaron el poder en los países del Este eran en realidad revoluciones progresistas. Respondiendo a los northistas, declaran: «lo divertido de todo esto es que

dado que se considera a la burocracia la fuerza determinante, si los beneficiarios de los complejos industriales armamentísticos hubiesen retomado el poder y reconstruido la URSS, tanto North como sus seguidores habrían declarado, sin lugar a dudas, que la URSS era un Estado de los trabajadores. Habría dicho «gracias a Dios por la burocracia stalinista»».

Vemos que, por un lado, los northistas culpan a Trotsky de no haber sido suficientemente firme en sus declaraciones contra la URSS y haber llevado a sus seguidores a apoyar un movimiento que inevitablemente llevaría hacia el capitalismo, ya que en los países del Este no quedaba nada socialista con lo que hacer la revolución. Los torrancistas defienden su tradición de lucha anticomunista y antisoviética simplemente pretendiendo que en los países del Este no hubo ninguna contrarrevolución sino un proceso de revolución política, liderado por Yeltsin, que los acerca al espíritu bolchevique.

Otros trotskistas

Los redactores del panfleto trotskista Socialist Organiser estaban exultantes de alegría al conocer los proyectos de Yeltsin:

«Su valiente desafío a la burocracia stalinista ayudara a los trabajadores a ver como son las cosas en una sociedad abierta, en la que comienza a gobernarse con las leyes y a alcanzar ciertos niveles de participación democrática». (SO, supplement, 20 de Agosto de 1992)

Los trotskistas de «El Militante» tampoco tuvieron ningún tipo de reparo en dar una cálida bienvenida a la contrarrevolución de Yeltsin: «los trabajadores de todo el mundo ven como el poder de la gente es capaz de reducir el poder de la dictadura. Todos los dictadores tiemblan frente a la posibilidad de que sus subordinados hagan lo mismo».

El «Workers Power», otra publicación trotskista, siendo conscientes de «la naturaleza socialmente contrarrevolucionaria del programa de Yeltsin» y de los «oportunistas y ladrones» que le apoyaban, se solidarizan con su causa, *«no importa la naturaleza contrarrevolucionaria del programa de Yeltsin ni cuantos oportunistas le hayan defendido en el parlamento ruso, sería un suicidio revolucionario apoyar el golpe y el pisoteo de los derechos democráticos... Es mucho mejor que las organizaciones de trabajadores de la URSS aprendan a nadar contra corriente en la restauración del capitalismo en Rusia a que se pudran en una celda»* y miran con entu-

siasmo hacia «*la siguiente fase de desmantelamiento del Estado centralista*». (Workers Power, Septiembre de 1991). El Workers Power, llevando hasta el absurdo su lógica contrarrevolucionaria, hace un llamado al «control obrero» de la contrarrevolución, para que los «trabajadores de Yeltsin» no se queden a mitad de camino. «Los revolucionarios compartimos el odio de los trabajadores hacia los símbolos y las organizaciones que los oprimían. Apoyamos el cierre de los locales del PCUS, las tiendas privadas y los sanatorios, el desmantelamiento de la KGB. No confiamos en Yeltsin en solitario o en los líderes de los soviets de las principales ciudades para la destrucción de la dictadura stalinista. En todo momento las masas deben implicarse de manera independiente en la destrucción del stalinismo hasta el final, y no permitir que Yeltsin conserve las partes que le convengan». Al igual que el «Socialist Organiser» el «Workers Power» era perfectamente consciente de las fuerzas que secundaban a Yeltsin, y afirmaban que «no eran los trabajadores ni los estudiantes más audaces de Moscú, sino pequeños propietarios, especuladores, las bases tradicionales de la «Rusia nacionalista y democrática», y unos pocos chavales entusiastas. Ha habido informaciones acerca de huelgas en algunas zonas, pero en Moscú la clase obrera no jugó ningún papel en resistir el golpe de Estado».

Hay otros muchos grupos trotskistas de los que nada se ha dicho aquí, pero no es necesario hacerlo ya que no presentan ninguna diferencia significativa respecto a los grupos aquí descritos. Hay algo que los une a todos; son trotskistas, y por lo tanto, profundamente contrarrevolucionarios, aunque algunos no sean conscientes de ello, ya que siguen las consignas pequeñoburguesas y derrotistas y la práctica contrarrevolucionaria de Trotsky.

La bancarrota del trotskismo y el triunfo del socialismo

Los hechos acaecidos en estos últimos años, con la caída de la URSS y de los países del Este, no solo han probado la derrota del revisionismo de Jruschov, sino que también, aunque ya estaba perfectamente claro, han expuesto el carácter contrarrevolucionario del trotskismo. Los acontecimientos han probado que existe una semejanza básica, aunque en la forma sean muy diferentes, entre el trotskismo y el revisionismo. El revisionismo de Jruschov, derechista en forma y en esencia, pretendía destruir el socialismo desde el Partido Comunista. Su objetivo final era el mismo que el de los trotskistas, de formas izquierdistas y esencia derechista: restaurar el capitalismo

en los países socialistas. Esta similitud es una prueba fehaciente de la esencia contrarrevolucionaria del trotskismo y del revisionismo, que nos facilita la tarea de denunciarlos y combatirlos.

Aún así hay que tener en cuenta que atravesamos un momento de decadencia ideológica, confusión y desintegración, un momento en el que los renegados están al orden del día. Con la caída del revisionismo de Jruschov, la desintegración de la URSS y la liquidación de los partidos revisionistas, es previsible que los trotskistas digan «ya lo decía Trotsky, el socialismo no se puede construir en un solo país, etc.», nuestra tarea es desmentir estas afirmaciones contrarrevolucionarias y carentes de sentido.

La caída de la URSS prueba que si el trotskismo se hubiese llevado a la práctica en la URSS en los años 20, la URSS habría quebrado hace seis décadas. El PCUS decidió entonces rechazar el trotskismo y construir el socialismo en un solo país, consiguiendo grandes logros económicos, sociales, y obteniendo la victoria en la guerra mundial, basándose no en la explotación del hombre por el hombre sino en la colaboración, en la igualdad racial y sexual, en el internacionalismo y el antiimperialismo.

¿Trotskismo o Leninismo?

En estos momentos de confusión ideológica, los trotskistas aparecerán de nuevo con sus consignas sonoras, pomposas, vacías y oscuras consignas que confunden a los intelectuales y a los obreros poco conscientes, en un intento de ganar terreno en el vacío ideológico y sustituir el leninismo por el trotskismo. Todo marxista-leninista, todo obrero consciente, debe luchar para frustrar esta nueva ofensiva trotskista. Este libro pretende ser una contribución a la causa de frustrar la ofensiva ideológica trotskista. El autor no pretende otro objetivo más que ese. La disyuntiva es clara: o trotskismo contrarrevolucionario o leninismo revolucionario. ¿Trotskismo o Leninismo?

Unas palabras sobre este libro

Para concluir el prefacio, unas pocas palabras sobre los materiales que constituyen este libro. Las partes I a IV están basadas en unas ponencias que di en Londres invitado por la Asociación de Trabajadores Comunistas (ACW), un grupo que, aunque pequeño, juega un importante papel en luchar contra las desviaciones revisionistas. Algunos de los materiales de estas ponencias se distribuye-

ron en su tiempo tituladas «Cuestiones sobre la lucha del trotskismo contrarrevolucionario contra el leninismo revolucionario». Las páginas sobre la guerra civil española nunca se publicaron con anterioridad. La camarada Ella Rule, escribió la sección sobre colectivización y lucha de clases en la dictadura del proletariado, que se publicó originalmente como un prefacio a las obras completas de Stalin y como panfletos independientes. La sección sobre el pacto germano-soviético fue expandida con gran cantidad de información que no se incluía en el panfleto original.

Estas publicaciones fueron necesarias dada la confusión reinante en organizaciones que se denominaban anti-revisionistas y que por lo tanto deberían haber estado luchando contra el trotskismo, pero en la práctica tenían un discurso terriblemente oscuro y confuso, en algunos casos similar al de los propios trotskistas. En el movimiento anti-revisionista británico se produjeron en esta época una gran cantidad de sublimes sin sentidos, como diría Engels, y una considerable cantidad de personajes que se consideran expertos en el marxismo-leninismo sin jamás haberlo estudiado seriamente. En 1870, en su prefacio al anti-Dühring, Engels señalaba que entre la intelectualidad alemana existía una enfermedad infantil que consistía en «*considerar que la ciencia libre significa que la gente escribe sobre un tema que realmente no ha estudiado y lo presenta como el único método estrictamente científico*». Cien años después esta enfermedad infantil campaba a sus anchas entre el movimiento anti-revisionista británico creando gran confusión. De nuevo invitado por la ACW, edité las dos colecciones de obras de Stalin a las que me refería antes, incluyendo en cada de ellas un largo prefacio refutando los sin sentidos de aquellos que se hacen pasar por expertos en la ciencia del marxismo-leninismo y no escriben otra cosa que frases superfluas preñadas de ignorancia. Dado que estos sin sentidos procedían, al menos en parte, de gente que se consideraba anti-revisionista, era necesario darles respuesta.

Ha pasado bastante tiempo desde que el contenido de este libro se publicó por primera vez como seis panfletos separados. Algunas de las personas con las que entonces polemizada han fallecido, se han jubilado, o simple y sabiamente se han retirado a los cómodos nichos pequeñoburgueses que con tanto esfuerzo se prepararon. Igualmente algunas organizaciones de las que trato han desaparecido, han cambiado de línea política o han cambiado de nombre una o varias veces, especialmente las trotskistas. Pero en el fondo esto no

tiene importancia. Lo realmente importante son los debates que en aquel entonces se planteaban, y que es muy probable que vuelvan a plantearse en el futuro. Aquellos con los que yo polemizaba entonces son hoy insignificantes, o lo eran ya en aquel entonces, pero lo importante es saber rebatir sus sin sentidos, sea quien sea quien los planteé.

Originalmente cada uno de los panfletos tenía su propia introducción, y este formato se ha mantenido en el libro, de tal manera que el lector puede leer las secciones en el orden que prefiera. Este largo prefacio inicial tiene como objeto actualizar el texto exponiendo la culminación del revisionismo teórico y práctico con la caída del socialismo en la URSS y cómo los trotskistas apoyaron todos estos eventos que llevaron a la restauración del capitalismo. Finalmente este prefacio pretende dar al libro una cierta coherencia, de la que los panfletos originales, por haber sido escritos independientemente, carecían.

También se incluyen tres apéndices: uno sobre el testamento de Lenin, otro sobre las relaciones de Trotsky con la prensa imperialista y otro sobre el asesinato de Trotsky.

Y terminé el prefacio expresando mi esperanza de que este libro sea una contribución útil, por pequeña que sea, en la lucha contra el trotskismo y el revisionismo y en defensa de las verdades del marxismo-leninismo. No pretendo ser original al escribir este libro. Lo que digo es bien conocido por los marxistas-leninistas de mi generación, pero las nuevas generaciones ya no conocen estos temas en profundidad, y los nuevos camaradas que ingresan en nuestras filas tienen en muchos casos una carencia considerable de conocimientos sobre el marxismo-leninismo. En palabras de Stalin «creo que la repetición sistemática y la explicación paciente de las «verdades ya conocidas» del marxismo-leninismo es uno de los mejores métodos para educar a los nuevos camaradas». Si he conseguido exponer de manera sistemática algunas de estas «verdades ya conocidas» del marxismo en este libro, me consideraré satisfecho.

Harpal Brar, 21 de Julio 1993

Notas

1. Otzovistas: Un grupo oportunista formado en el POSDR en 1908, liderado por A. Bogdánov. Tras un lenguaje revolucionario pedían la salida de los diputados de la tercera Duma y el cese de las

actividades del partido en cualquier organización legal, y defendían que como la reacción estaba a la ofensiva el partido debía limitarse al trabajo ilegal. Estas políticas habrían aislado al partido de las masas y habrían evitado que se hubiesen reorganizado las fuerzas revolucionarias para nuevas batallas. Lenin demostró que las propuestas de los otzovistas eran inconsistentes, carentes de fundamento y opuestas al marxismo. En una conferencia del grupo editorial extendido del periódico bolchevique «Proletario», en Junio de 1909, formuló una resolución concluyendo que los bolcheviques no compartían la línea política con los otzovistas. Bogdánov fue expulsado del partido.

2. Liquidadores: Representantes de una tendencia oportunista del POSDR durante el periodo 1907-1912. Los mencheviques estaban desmoralizados por la derrota revolucionaria de 1905-1907 y pretendían abandonar cualquier organización ilegal o acción revolucionaria encubierta. Su objetivo era liquidar el partido revolucionario de la clase obrera y construir un partido reformista. Los liquidadores urgían a la clase obrera para que llegase a un acuerdo con la burguesía y se reconciliase con el régimen reaccionario. Sus líderes eran Mártov, Martinov, Axelrod, Dan y otros líderes mencheviques. Trotsky apoyaba a este grupo. En la sexta conferencia del POSDR (Enero 1912) fueron expulsados del partido.

3. AUCCTU: El consejo central de los sindicatos.

4. *«Entre estas leyendas también debemos incluir las de que Trotsky fue el artífice de diversas victorias durante la guerra civil. Debemos aclarar, camaradas, que esto no se ajusta a los hechos. No niego que Trotsky jugase un papel en la guerra, pero el honor de haber organizado las victorias en la guerra no les corresponde a él sino a la organización de vanguardia del proletariado, el Partido Comunista Ruso. Veamos algunos ejemplos: Todos sabéis que Kolchak y Denikin eran los dos principales enemigos de la República Soviética. Nuestro país solo pudo respirar tranquilo una vez fueron derrotados. Veamos cómo estos dos enemigos fueron derrotados por nuestras tropas a pesar de la actuación de Trotsky. Juzgad vosotros mismos:*

(1) Verano de 1919. Nuestras tropas avanzan hacia Kolchak, que estaba realizando operaciones junto a Ufa. Hay una reunión del comité central, en la que Trotsky propone parar el avance en el río

Belaya, dejando los Urales en manos de Kolchak, y transferir parte de las tropas al frente Sur. Hubo un acalorado debate y se decide no realizar las propuestas de Trotsky, dado que dejar las fábricas y la red ferroviaria de los Urales en manos de Kolchak le permitiría recuperarse rápidamente y lanzar una contraofensiva. Se decide que hay que hacer retroceder a Kolchak hasta la estepa Siberiana, y una vez se haya hecho eso se transferirán las tropas al frente sur. Trotsky plantea su dimisión pero el comité central no la acepta. El comandante en jefe Vatsetis también dimite y es sustituido por Kámenev. A partir de ese momento Trotsky deja de participar en las operaciones del frente Este.

(2) Otoño de 1919. La ofensiva contra Denikin no avanza satisfactoriamente. El cerco de acero alrededor de Mamontov se está colapsando, Denikin captura Kursk y se acerca a Orel. Se requiere la presencia de Trotsky en el Comité Central. Dado lo alarmante de la situación se decide enviar nuevos líderes militares al frente sur y retirar a Trotsky del mando. Los nuevos líderes piden expresamente que Trotsky no participe en la toma de decisiones sobre el frente a ningún nivel. Las operaciones se reanudan en el frente sur nuestras tropas capturan Rostov-on-Don y Odessa, sin la participación de Trotsky. A ver quién se atreve a refutar estos hechos». (Stalin, Collected Works, Vol. 6 pp. 350-352)